

LA ILUSTRACION NACIONAL

MADRID

FUNDADOR

AÑO XVIII.—Núm. 11

ADMINISTRACIÓN: CLAUDIO COELLO, 22

D. Arturo Zancada y Conchillos.

16 de Abril de 1897.



BELLAS ARTES.—Ocios de la caza.

SUMARIO

GRABADOS: Bellas Artes: Ocios de la caza.—Pini.—Ejército de Cuba: Grupo de Jefes y Oficiales del batallón de Voluntarios de Madrid.—El General D. José Ximénez de Sandoval, frente al cuartel de voluntarios de Guantánamo, con todos los Jefes y Capitanes del Instituto.—Grupo de Oficiales de la séptima y octava compañía del batallón de Navarra.—Bellas Artes: La visita en un hospital, cuadro del laureado artista D. Luis Jiménez.—Conflicto tureo-griego: Tropas griegas en marcha hacia la frontera.—Bellas Artes: Una victoria más.

TEXTO: El portapliegos, por D. Federico Urrecha.—Nuestros clásicos: De Calderón de la Barca: El placer de la despedida.—Una fiesta en Beti-Jai.—Los grabados.—Ilusión, por D. Roberto Bueno.—Crónica militar, por Juan de España.—Origen del alma, por D. Eugenio García Gonzalo.—La Peña del Robledal, por Doña Soledad Martín y Ortiz de la Tabla.—Reseña histórica de la Guardia civil, por D. Eugenio de la Iglesia.—La primavera, por D. Miguel Carrasco Labadía.—Pasarse al enemigo, por D. Adrián Carreras.—La vida provinciana: El amor en la aldea, por D. José de Siles.—Habladurías, por D. Eduardo de Palacio.—Teatros, por Alfonso Busi.—Bibliografía, por Ordás. Cosas de chicos, por D. B. R. P.—Notas bibliográficas.—Charada.—Solución a la del número anterior.—Anuncios.

EL PORTAPLIEGOS ⁽¹⁾

Si hubieran preguntado uno por uno á todos los números de la compañía por qué llamaron *Centrimeto* á Pablito, ninguno hubiera sabido dar respuesta satisfactoria; el cabo Pedrizas, que era una piedra de molino en lo de triturar el castellano, fué el primero que le llamó con aquel apodo, porque el apellido vascongado de Pablito se le atravesaba como una espina, y acaso fundándose en que Pablito había aportado, como único petate de la vida civil, un metro dobladizo, en recuerdo del taller de carpintería en que le había cogido el servicio. A aquel utensilio carpinteril llamó Pedrizas *Centrimeto*, y por fácil extensión á Pablito *Centrimeto*; de tal modo, que tampoco los Oficiales le llamaron de otra manera, aunque éstos pronunciaban la palabra como Dios manda.

Pasó *Centrimeto* tan rápidamente por el servicio, que es casi seguro que hoy nadie se acordará de él; era un muchacho vigoroso, achaparrado, musculoso y fuerte, por el oficio de que procedía, pero sumamente reservado y silencioso; tenía la nostalgia del taller, de la vida civil y un profundo aborrecimiento de la servidumbre militar, para la cual—me dijo muchas veces—no servía; pero á la que jamás faltó, siendo un soldado modelo.

—Si alguna vez—me dijo cuando se estableció el bloqueo de Recuenca—entramos en fuego, no sé si tendré valor.

Aquel bloqueo de Recuenca empezó desastrosamente, costándole al regimiento doce bajas antes de intentar movernos, y provocó una reunión de los Jefes en el Ayuntamiento, convertido desde el primer día del aprieto en cuartel general, con gran contentamiento de los reconquenses que veían muy negro el final del fregado en que nos habíamos metido. Hacia el 27 de Diciembre pasó con gran trabajo el último incorporado que vino de la capital, y por él se supo que más allá de los llanos de Alcaucil, en la venta de Remondo, y como guardando el desfiladero y la carretera, se había establecido Mendarillo—Mendarillo como se le llamaba en Recuenca, en cuenta á su estatura y desmedrada persona.—No pasaba por delante de Mendarillo una mosca sin que él la viese y

(1) Del libro *Agua pasada*, publicado por la Biblioteca Elzevir ilustrada de Barcelona.

oliese, de la capital acá, pero de Recuenca á la capital no fué nadie en aquel angustioso mes y medio.

Excepto *Centrimeto*. No se ha sabido nunca muy exactamente cómo el melancólico Pablito logró pasar de la temible venta de Remondo, porque en cuanto llegó á la capital entregó el pliego de la Comandancia y le libraron la absoluta, se sumió de nuevo en la vida civil y volvió á su taller; pero por gentes de Mendarillo se vino á averiguar algo después de la guerra, y este algo es una de las más grandes cosas que hizo nunca el sereno valor de aquel *Centrimeto*, que odiaba el uniforme y dudaba de si volvería la espalda en el primer aprieto.

Tan graves se pusieron las cosas en Recuenca al mes de cerrársenos todos los caminos, que en principio de año se puso todo el mundo á ración y se pensó por la Junta de Jefes en la necesidad de hacer llegar un pliego al cuartel general, costase lo que costase. Pero, ¿quién lo llevaba? Durante dos días se discutió en el Ayuntamiento y en la tertulia de Oficiales en el Casino, con evidente tristeza, con punzante seguridad de no poder intentar aquel medio; no había que pensar en los reconquenses del campo, hechos á las veredas, porque igualmente hecha estaba la gente de Mendarillo, ni en los reconquenses de la ciudad, resueltos á morir de hambre dentro de sus gloriosos muros, antes que verse delante de aquel duro Mendarillo. A la tercera noche, y por orden de la Comandancia, el Capitán Mancera reunió á la compañía en los soportales del cabildo y exploró su voluntad; nadie se movió ante la invitación de una licencia absoluta conseguida, si se conseguía, á trueque de engañar á Mendarillo, cosa que todos tenían por imposible, y pasaron cinco minutos de conversaciones en voz baja, interrumpida de pronto por la voz suave y tranquila de *Centrimeto*, que decía:

—Yo, mi Capitán.

Sí; Centimetro iba á intentar aquel disparate con tal de salir de la pesadumbre de una vida aborrecida; y, por tanto, sin la menor pretensión de hacer una heroicidad, con modesto continente y sencilla apostura, en la actitud de quien va á recibir un favor y no á hacerlo, entró en el Ayuntamiento detrás del Capitán y me llamó con un gesto; dentro estaban los Jefes esperando.

—Este, mi Coronel—dijo Mancera.

El Ayudante de plaza tomó nota y la puso marginal al pliego: "Pablo Aguirre Bengoa, de la segunda compañía del primer batallón, etc, etc." Se le preguntó qué necesitaba y pidió una borrica con carga de carbón y traje completo de carbonero, todo lo cual se llevó á las seis de la mañana, antes de romper el alba, á los soportales del Ayuntamiento; allí se vistió Centimetro, silencioso y con satisfacción de quitarse el uniforme, y allí le refregó el cabo Pedrizas con carbón la cara y las manos, con arte bastante para que no pareciese lo que era, sino lo que quería ser. El pliego, que no abultaba más que un naipe, iba entre las dos suelas del borceguí del pie derecho.

A las siete empezó á amanecer trabajosamente; bajó Centimetro de la Comandancia y acompañado de Pedrizas y de un servidor, arreó la borrica carretera adelante, camino de los pastos de Alcaucil y en derechura á la venta de Remondo, contra la opinión de Pedrizas, que aconsejó el paso por los atajos del desfiladero.

—Echate por la vedera—dijo, estropeando, como de costumbre, el idioma.

No quiso Centimetro ir por la vereda, sino por la carretera, para ser menos sospechoso, y al llegar á los pastos de Alcaucil le dejamos; ir más allá era peligroso. Estuvimos mirándole alejarse con la borrica y por tres veces nos saludó de lejos con el acebuche que llevaba en la mano, hasta que desapareció en la distancia confundido en el gris uniforme de la fría mañana de invierno.

Le despedí mentalmente como si fuera á morir.

A las ocho y media de la mañana y al romper el sol pálido, topó Centimetro, cosa prevista, con una pareja de la avanzada de Mendarillo.

—¡Alto!—sonó á diez pasos.

—¡Soo!—contestó Centimetro, deteniendo tranquilamente á la burra.

Llegaron hasta él y le examinaron.

—¿De dónde vienes?

—De Recuenca.

—¿Qué es eso?

—Carbón.

—¿Para dónde?

—Para la capital.

—¡Ah! Pues al Capitán.

—Vamos—replicó Centimetro encogiéndose de hombros.

El Capitán dormía; no quisieron despertarle, y mientras se preparaba una pareja para conducirlo hasta la venta de Remondo, Centimetro lió un cigarrillo sentado en un poste de la carretera, y ajeno al parecer á lo que los otros hacían. Poco después montaba de nuevo en las ancas de la burra y seguía con la pareja camino de la venta, á la que llegaron á las diez; de manos á boca topó Centimetro con el propio Mendarillo, que estaba sentado con tres ó cuatro Oficiales en el pórtico de la venta, bebiendo el agrio vinillo blanco del Alcaucil; se enteró del parte de la pareja, mandó registrar minuciosamente la borrica, la enjalma y la carga y llamó con la mano al carbonero.

Centimetro se acercó sin prisa, se quitó la gorra de pelo y se dejó mirar; Mendarillo le examinó de pies á cabeza, se sentó de nuevo y habló:

—¿Qué llevas?

—Carbón, mi Coronel.

—¿Y qué más?

Centimetro no pestañeó.

—Carbón, nada más—contestó.

La sospecha que concibió Mendarillo salió afuera en esta forma:

—Si te encuentro un papel, te fusilo.

—Bueno—dijo sencillamente Centimetro, encogiéndose de hombros.

Le registraron de arriba á bajo dos hombre sin perdonar rincón de su individuo, y cuando acabaron le alargó Mendarillo un vaso de vino. Centimetro le apuró de una vez sin que temblara su mano, que Mendarillo observó atentamente.

—Muchas gracias—dijo.

Recogió su carga de carbón, enjalma la burra saludó y montó.

—Espera—dijo Mendarillo—; ¿y los borceguíes?

No se le movió á Centimetro un músculo de la fisonomía; desmontó, se sentó en la bancada de piedra del pórtico, y sin apresurarse, se quitó los borceguíes que alargó á Mendarillo, el cual les dió un par de vueltas y se los devolvió... En aquel supremo minuto sí que debió encogerse el corazón á Centimetro.

Volvió á calzarse pausada y tranquilamente los borceguíes y preguntó si podía irse; dijole que sí Mendarillo; volviéndole la espalda, montó en la burra, arreándola con la vara de acebuche y sin volver la vista atrás, silbando como si tal cosa, se

metió por el desfiladero adelante, apoyado de codos sobre la carga de carbón, llevando en las suelas del zapatón aquel pliego en el que iba la salvación de la afligida Recuena, y que durante un minuto había tenido colgada de un hilo, entre las manos de Mendarillo, la vida de aquel bravo de quien no conservan rastro las historias de los grandes hechos.

FEDERICO URRECHA.

NUESTROS CLASICOS

DE CALDERÓN DE LA BARCA

EL PLACER DE LA DESPEDIDA

Llegando una compañía
De soldados á un lugar,
Empezó un villano á dar
Mil voces en que decía:
«Dos soldados para mí.»
«Lo que excusar quieren todos,
Dijo uno, ¡con tales modos
Pides!» Y él respondió: «Sí,
Que aunque molestias me dan
Cuando vienen, es muy justo
Admitirlos, por el gusto
Que me hacen cuando se van.»

UNA FIESTA EN BETI-JAI

El domingo 11 del corriente tuvo lugar en el frontón de Beti-Jai la fiesta organizada á beneficio de la Asociación de la Prensa de Madrid.

Una concurrencia tan numerosa como distinguida llenaba todas las localidades del magnífico y espacioso frontón, y una tarde espléndida, tarde verdaderamente primaveral, convidaba á gozar del espectáculo.

Jugáronse dos notables partidos de pelota, en

los que tomaron parte varios de nuestros más hábiles pelotaris.

Pero la nota más saliente de la fiesta, lo que llevó al frontón tal afluencia de gentes, fueron los asaltos de armas, en que tomaron parte Pini, el sin rival maestro italiano, y otros tiradores que gozan con justicia de gran reputación.

Siete fueron los asaltos, y en todos ellos los tiradores fueron objeto de calurosas ovaciones.

Pini, que se halla hoy en la plenitud de sus facultades, desarrolló un juego maravilloso y tan *suyo*, que no se parece al de ninguna escuela.

Tirando con el consumado maestro Adelardo Sanz, puso de manifiesto todo cuanto es capaz de hacer, y á ambos *adversarios* tributó el público en masa una frenética ovación á la conclusión del asalto.

En suma: una tarde agradabilísima y una fiesta de la que guardarán grato recuerdo cuantos tuvieron la suerte de presenciarla.

LOS GRABADOS

Ojos de la caza.—Cuando el cazador, después de sufrir con resignación estoica los rigores del calor ó el frío, busca en la casa el descanso que tanto necesita, experimenta una satisfacción y una alegría no menos grande que la que un buen tiro le proporciona.

Saborea con verdadero placer la cargada pipa, lee el periódico que para combatir el aburrimiento llevó consigo y le rodean alegres é impacientes los cariñosos lebreles.

Cuando haya descansado empuñará de nuevo la escopeta y volverá á recorrer valles y lomas, en busca de las perdices y las liebres, que con fino olfato y singular instinto le irán mostrando los adiestrados perros.

Ejército de Cuba: Grupo de Jefes y Oficiales del batallón Voluntarios de Madrid.—Cuando en varias provincias de España se llevó á cabo la patriótica idea de formar batallones de voluntarios que con las tropas del Ejército compartiesen las fatigas y glorias de la campaña, la provincia de Madrid, secundando la plausible iniciativa, se apresuró á poner en práctica el pensamiento.

El dignísimo Prelado de esta diócesis en primer lugar, la prensa y algunos hombres de reconocido patriotismo, se encargaron de hacer la propaganda y la provincia de Madrid envió á Cuba su batallón de voluntarios.

Allí, mandados por los dignos y valerosos Jefes á cuyas órdenes combaten, los voluntarios de Madrid han sabido dejar bien puesto el pabellón de la provincia, batiéndose con el arrojo propio de todos los soldados españoles.

En la página 164 ofrecemos á nuestros lectores los retratos de los señores Jefes y Oficiales que componen la plana mayor del citado batallón de voluntarios.

Ejército de Cuba: El General D. José Ximénez de Sandoval frente al cuartel de voluntarios de Guantánamo, con todos los Jefes y Oficiales del Instituto.—El General Sr. Ximénez de Sandoval goza en el Ejército de Cuba justa reputación de valeroso y entendido.

Se ha distinguido extraordinariamente en la actual campaña y á manos de sus soldados sucumbió el célebre Martí, único hombre civil de algún prestigio con que contaba la insurrección.

Hombre de fecundas iniciativas, el General Sandoval ha realizado muchos y muy importantes trabajos en Guantánamo, sobresaliendo entre todos el cuartel de voluntarios, cuya vista ofrecemos á nuestros lectores en la página 164.

El edificio en cuestión, levantado con sujeción á los planos trazados por el Sr. Ximénez de Sandoval, reúne excelentes condiciones y cuenta con aposentos tan cómodos como espaciosos.

Los gastos de las obras se han hecho con fondos recaudados por suscripción popular, pues los vecinos de Guantánamo acogieron la idea con verdadero entusiasmo.

En dicho cuartel se hallan instaladas las salas de Banderas y Estandartes de voluntarios, escuadrón húsares de Pando, compañía de artillería, las oficinas de los expresados cuerpos y la guardia de prevención.

Con este motivo la plaza de la Estación del ferrocarril, sitio donde el cuartel se levanta, ha ganado mucho en vida, animación y movimiento.

Ejército de Cuba: Grupo de Oficiales de la séptima y octava compañía del batallón de Navarra, destacadas en Vieja Bermeja (Matanzas). El brillante comportamiento observado en Cuba por todos los Cuerpos que forman aquel Ejército y los elogios que con tal motivo les hemos dedicado, es causa de que al ocuparnos de cualquiera de ellos en particular tengamos que repetir lo que de todos hemos dicho.

El batallón de Navarra, que opera en la provincia de Matanzas, es uno de los que más laureles ha conquistado en la actual campaña.

Ha tomado parte en importantes acciones, demostrando en todas cuánto es el valor y cuán perfecta la disciplina de los soldados que le forman.

En la página 165 ofrecemos á nuestros lectores los retratos de los Oficiales de la séptima y octava compañía del expresado batallón, destacadas en Vieja Bermeja.

Bellas Artes: La visita en un hospital.—El hospital es la mansión donde la caridad ejerce sus más elevadas funciones.

El lecho que allí se ofrece al desvalido es santo.

¡Cuántos infelices sucumbirían si no existiera esa fundación sublime llamada hospital!

El pobre que falta de recursos ingresa en sus salas, encuentra en ellas al Médico que calma sus dolores, al enfermero que acude solícito á su llamamiento y á la hermana de la caridad, mujer extraordinaria que le conforta y le consuela.

Elogios sinceros merecen cuantos prestan sus servicios en los hospitales, donde sin temor al contagio, realizan en muchas ocasiones actos de valor que rayan en lo sublime.

Penetrado en un hospital cuando una epidemia diezma las ciudades y en aquella mansión del dolor encontraréis personas abnegadas, disputando víctimas á la muerte.

No es menos valeroso el que expone su vida en un hospital que el que la arriesga en el campo de batalla.

Hay una diferencia, sin embargo. El soldado, al sucumbir, se cubre de gloria; el Médico rara vez la alcanza.

La copia que del cuadro del laureado pintor D. Luis Jiménez, *La visita en un hospital*, ofrecemos á nuestros lectores en las páginas 168 y 169 es una hermosa composición, tan bien sentida como hábilmente ejecutada y que pone de manifiesto las relevantes aptitudes de tan eximio artista.

Conflito turco-griego. Tropas griegas en marcha hacia la frontera. La resuelta actitud de Grecia, no sólo ante Turquía, sino ante las más poderosas naciones de Europa, encuentra simpatías en todos los corazones generosos.

Admira en verdad, que un pueblo tan pequeño demuestre la grandeza de espíritu que el heleno está demostrando, siquiera su causa sea la de la justicia y la razón.

No ignoran los griegos que la decantada civilización moderna no ha llegado aún á sobreponer la razón á la fuerza, ni el desinterés al egoísmo.

Mas á pesar de todo, el entusiasmo de los helenos aumenta á medida que los peligros se acentúan y el pueblo despide á los soldados que marchan á la frontera con demostraciones de frenético entusiasmo.

¡Quiera Dios que la guerra entre Grecia y Turquía no estalle al fin, aunque es difícil puedan evitarla las demás potencias!

Bellas Artes: Una victoria más.—Nadie diría, al contemplar en el campo de batalla la fiera apostura del soldado que había de mostrarse tan apasionado y hábil en las lides del amor.

Nada más cierto sin embargo.

Contemplan nuestros lectores el grabado que en la página 173 les ofrecemos, y quedarán convencidos de que el soldado está á punto de conseguir una victoria más.

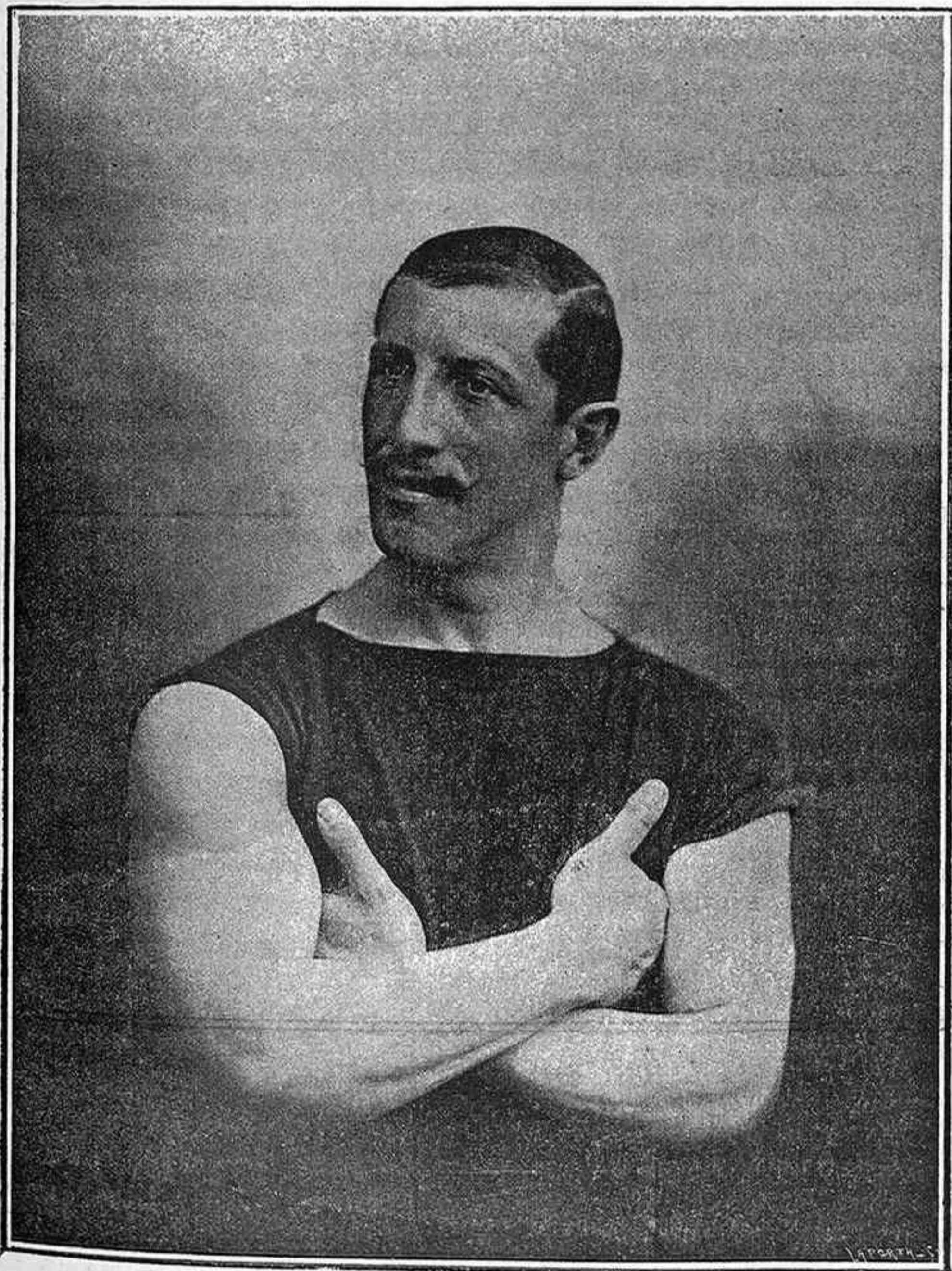
Los dardos van dirigidos al corazón de la inocente aldeana y las heridas que causa Cupido son casi siempre mortales de necesidad.

ILUSION

Cuando la barca de la orilla deja
la vecindad querida,
engañado el que boga, cree que huye
de su esquite la orilla.

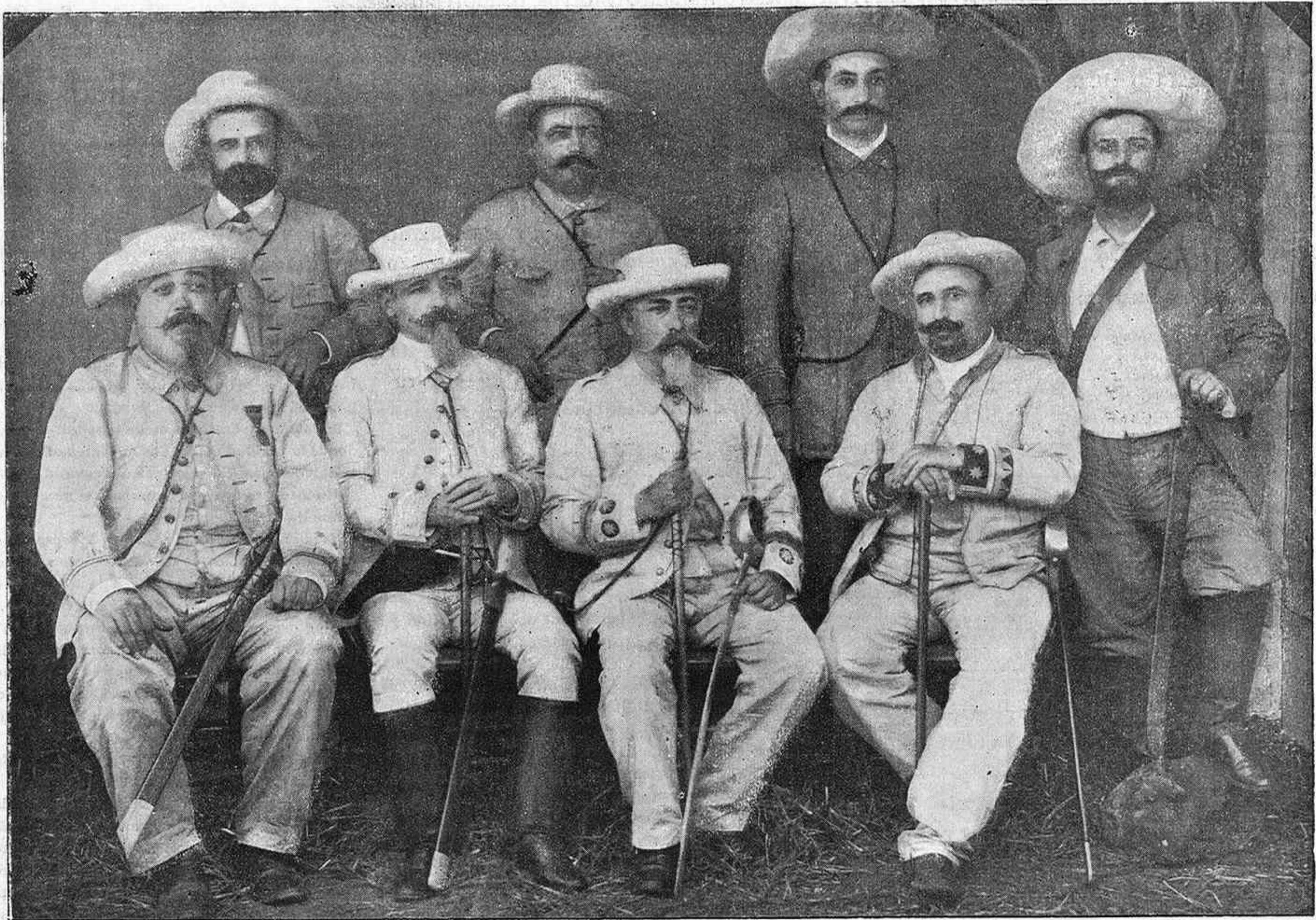
La juventud iguales espejismos
insensata acaricia,
ella se aparta de la orilla, y cree
que la que huye es la vida.

ROBERTO BUENO.

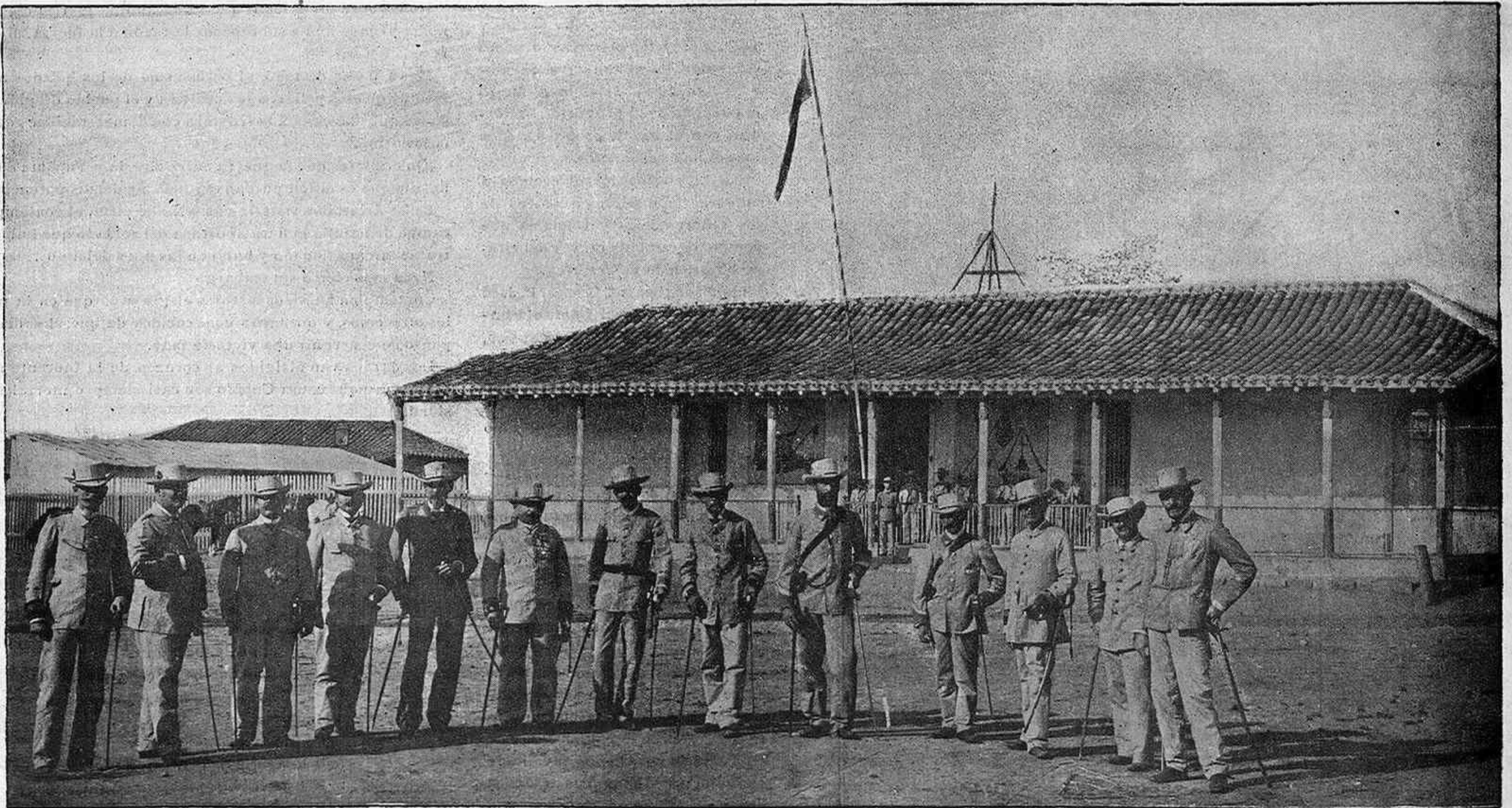


Pini.

EJÉRCITO DE CUBA



Grupo de Jefes y Oficiales del batallón de Voluntarios de Madrid.



El General D. José Ximénez de Sandoval, frente al cuartel de voluntarios de Guantánamo, con todos los Jefes y Capitanes del Instituto.



LA GUERRA DE CUBA

APESAR de las contradictorias noticias que por conductos diametralmente opuestos llegan de Cuba, acentúanse los rumores de una próxima paz, en la que hasta

los más pesimistas empiezan ya á creer. Tres factores indispensables, las armas, la diplomacia y la política, intervienen en la solución del difícil problema y á los tres se deberá el anhelado fin de la tremenda lucha.

Hay, sin embargo, que reconocer, que la acción del Ejército ha sobrepuesto y sobrepuesto á la política y á la diplomática, pues sin el esfuerzo de nuestras armas, causa del quebranto de la insurrección, aquéllas no hubieran encontrado las facilidades que para emplear su influjo encuentran hoy.

¿Quiere esto decir que veamos tan próxima la terminación de la guerra como la ven ciertos espíritus demasiados impresionables?

Ni tan cercana como los optimistas suponen, ni tan alejada como la consideran los pesimistas por sistema.

Es indudable, y los hechos se encargan de demostrarlo, que nuestro Ejército ha logrado quebrantar tan hondamente á la insurrección, que ésta no es hoy sombra de lo que antes fué.

Esas partidas de 1.000 hombres que según se dice campan por sus respetos en la misma provincia de la Habana, sólo pueden existir en la mente de los laborantes.

Si la insurrección estuviera tan sobrada de combatientes, Rius Rivera hubiera llevado á sus órdenes algunos centenares de hombres para oponerse al avance de la columna que le hizo prisionero.

No admitimos, pues, la existencia de esos considerables núcleos insurrectos, porque de haber alguno tan numeroso, será el que manda Gómez, así como tampoco creemos que haya alguna provincia limpia en absoluto de insurrectos, asegúrelo quien lo asegure.

Lo que sí puede afirmarse aunque falten hechos ó datos exactos que justifiquen esta afirmación, es que en el fondo del problema cubano, y esto lo hemos dicho antes de ahora, existe algo oculto que

tiende á facilitar su solución. Conviene no olvidar que entre el titulado gobierno insurrecto y el *generalísimo* Gómez, no reina la mejor armonía; es necesario tener muy en cuenta que no todos los que fueron á la insurrección lo hicieron por el deseo de conquistar á toda costa la independencia de la isla, puesto que las luchas políticas lanzaron mucha gente á la manigua; y, por último, no es un secreto para nadie que la verdadera guerra se ha hecho á España más en los Estados Unidos que en Cuba.

Ahora bien, como quiera que el actual Gobierno norteamericano procede hoy contra los laborantes con más energía que el anterior, y los entusiasmos yankees han decaído no poco, de ahí que la insurrección decaiga también.

Si á esto se añade que las partidas no tienen momento de reposo á causa de la activa persecución de que son objeto, se comprenderá perfectamente que los rumores de paz se consideran verosímiles.

Lo que sucede, y de ahí las incertidumbres y desconfianzas, es que hay gentes, y sobre todo periódicos, que abultando extraordinariamente lo mismo los hechos adversos que los favorables, desconciertan á la opinión haciéndola sufrir cambios tan bruscos como perjudiciales.

Conviene, por lo tanto, meditar con frialdad y tener fe en todos cuantos medios cabe suponer se están poniendo en juego para alcanzar la paz, que deseamos la mayor parte de los peninsulares y no pocos cubanos.

LAS OPERACIONES

Las operaciones prosiguen sin interrupción en todas las provincias, pero sin que se señale ningún hecho de armas de verdadera importancia.

Disgregadas casi todas las partidas, el General Weyler ha distribuido las fuerzas del Ejército en forma conveniente para que la persecución resulte más activa y eficaz.

Efecto de la gran movilidad de nuestras columnas, son los innumerables



ISLA DE CUBA.—Grupo de Oficiales de las séptima y octava compañía del batallón de Navarra, destacadas en Vieja Bermeja (Matanzas).

(Fotografía de Otero y Colominas, Habana.)

encuentros que se registran á diario, en los que el enemigo resulta escarmentado casi siempre.

Tiempo es ya, sin embargo, de que las operaciones contra Máximo Gómez y Calixto García sean más decisivas que hasta ahora lo han sido, puesto que son los dos cabecillas más importantes con que hoy cuenta la insurrección.

Terminada la línea militar del Júcaro, conviene averiguar si el *generalísimo* la ha pasado ó permanece á Occidente de la misma, y en uno ú otro caso, dirigir sobre él buen golpe de gente para que, ó se vea obligado á aceptar combate, ó tenga que dirigirse al departamento oriental, en la forma que pasó Maceo á la Habana desde Pinar del Río.

Porque mientras esto no se consiga, no habrá medio de quebrantar al enemigo en Oriente, territorio en que sin duda alguna se conserva aún pujante.

Claro está que en todo esto pensará el General en Jefe, pero es el caso que la época de las lluvias se aproxima y las operaciones se deslizan con una lentitud desesperante.

Se nos dirá que acaso más que en la eficacia de las armas se confía hoy en la diplomacia y en la política; pero como para llegar á este estado de cosas ha sido preciso que el Ejército realice sacrificios sin cuento, justo es que, si la paz se logra, conserven las armas hasta verla conseguida toda su preponderancia.

Es cuanto hoy podemos decir de la campaña de Cuba.

LA INSURRECCIÓN DE FILIPINAS

Pese á los que, fundándose en motivos puramente caprichosos, aseguraban que la verdadera guerra empezaría en Filipinas cuando los insurrectos fueran desalojados de su última posición, los hechos vienen á confirmar lo que presentaban aquellos que, sin prejuicios ni apasionamientos, examinaban el problema filipino.

Después de las victorias de nuestro Ejército, después de las tremendas derrotas sufridas por los rebeldes, cabía la duda de si al desalojarlos de las poblaciones que ocupaban se someterían ó comenzarían á hacer la guerra de partidas.

El bando del General Polavieja concediendo indulto á los que se presentasen hasta el día 11 del actual, medida política que, como no podía menos de suceder, era aplaudida y favorablemente comentada por todo el mundo, tenía que resolver la duda de los que no consideraban los triunfos de Silang, Cavite y Noveleta lo suficientemente decisivos para que el quebranto y desmoralización de los insurrectos fuera un hecho.

Por suerte, y juzgando con arreglo á los partes oficiales, los infundados pesimismo de ciertos espíritus empiezan á desvanecerse, y no sólo cabe esperar que no sea preciso mandar á Filipinas nuevos refuerzos, sino que basten las tropas que allí existen para estirpar de raíz la insurrección.

Hasta la hora de cerrar esta *Crónica*, y ateniéndonos á lo que el General en Jefe comunica, se han presentado á indulto más de 25.000 personas, y, ó no existe lógica en el mundo, ó esa cifra es el comentario más elocuente que puede oponerse á los que hacían muy poco favor al General Polavieja suponiendo y aun asegurando que sus admirables planes de campaña y sus excelentes medidas políticas, eran insuficientes para resolver el conflicto en plazo breve.

No llega el optimismo de los que confiábamos

en que vencida la rebelión en Cavite, sería empresa de poca monta aniquilar las partidas de las demás provincias, al extremo de creer que todo ha concluido.

Quedarán partidas (exiguas, mal armadas y peor dirigidas) que harán precisa una distinta organización de nuestras fuerzas para emprender una persecución activa y eficaz; pero los grandes núcleos no podrán hacerse fuertes en parte alguna.

Y como los tagalos, sobre no conocer otro modo de pelear que el de las grandes masas y al abrigo de fortificaciones, son incapaces de resistir en campo abierto, los cabecillas que no se sometan y logren arrastrar á algunos fanáticos serán exterminados por nuestras tropas.

Creemos, pues, que si el problema militar no está ya resuelto en Filipinas, tardará muy poco en resolverse.

Al nuevo Gobernador general toca resolver el político, tarea espinosa, y en concepto nuestro más difícil que la de las armas, pues requiere por una parte una energía sin límites y por otra una gran dosis de habilidad.

De tan complicada cuestión, nos ocuparemos con preferencia en las *Crónicas* sucesivas.

JUAN DE ESPAÑA.

ORIGEN DEL ALMA

En nuestro trabajo anterior, *La nueva psicología*, adelantamos la afirmación de que *el alma es una individualización desarrollada del elemento espiritual*.

Esta afirmación no es, en concepto nuestro, una frase más ó menos ingeniosa, frente á la que, con igual fundamento, puede oponerse otra afirmación contraria. En sana lógica, hemos de considerar esta teoría elevada á la categoría de verdad demostrada, pues está conforme con la razón natural y de acuerdo en un todo, por analogía, con las ciencias físicas.

Cuando más detenidamente se estudian los fenómenos del mundo físico y los fenómenos del espíritu, más confirmada vemos la suposición de que á todos rigen las mismas leyes, lo que, por otra parte, no nos extraña si tenemos presente que materia y espíritu son (1), según nuestra opinión, las dos manifestaciones de la substancia universal.

Para evitar logomaquias que á nada conducen, y más que nada, para no caer en las eternas disputas nacidas por el diferente concepto que se le dá á una palabra, nos serviremos de lo que nos enseña la biología respecto al origen y desarrollo de las especies animales, para deducir, por analogía, el verdadero concepto que debemos formarnos del origen y desarrollo del elemento espiritual y del sentido relativo en que hemos de tomar la frase identidad del alma.

Las diferentes teorías, mejor dicho, fases ó aspectos de una misma verdad, la evolucionista y la seleccionista, nos enseñan que el hombre, en cuanto al cuerpo, trae su origen de los animales de la escala inmediata inferior, los cuales, á su vez, pertenecieron á otra más inferior y así sucesivamente hasta llegar á la más primitiva sencillez de la manifestación de la vida. Es decir, que el primitivo origen del hombre fué una individualización rudimentariamente organizada del elemento ma-

terial; individualización que, á través de los tiempos y en virtud de la ley del progreso, fué perfeccionándose y pasando gradualmente por toda la escala animal hasta alcanzar la forma humana, que es la más perfecta que existe en la tierra.

Ahora bien: tengamos presente que esa organización ó ese ser, que ha pasado por tantas fases, en cuanto ha tenido vida, ha estado siempre *animado*, es decir, que ha tenido siempre *alma*. Lógicamente hemos de deducir que la sencilla individualización del elemento espiritual que animó al organismo en su primitiva manifestación á la vida, ha seguido animándole en todas sus progresivas manifestaciones: y que lo que en un principio no fué otra cosa que una sencilla fuerza psíquica sin apenas manifestación alguna, ha ido progresivamente desarrollándose, en armonía con el cuerpo que animaba, y adquiriendo, poco á poco, sensibilidad, deseo, sentimiento, memoria, volición y conciencia.

Este concepto del origen y desarrollo del espíritu, además de estar en armonía con el origen y desarrollo de los seres orgánicos, está de acuerdo con la observación y la experiencia.

Si el alma humana no hubiera tenido el pasado que señalamos, si fuera esencialmente distinta de la de los animales, si, en una palabra, hubiera salido directamente de las manos de Dios en el momento del nacimiento del cuerpo, todos los hombres de todos los tiempos y de todos los pueblos tendrían un alma con la misma aptitud intelectual, con idénticos sentimientos, voliciones... porque Dios no podría, sin faltar á sus atributos, justicia, bondad, identidad... crear almas diferentes entre sí. Y todos sabemos que cada hombre tiene, con relación á otro, mayor ó menor grado de aptitud intelectual, de sentido artístico, de sentimiento afectivo...

Las disposiciones particulares que cada hombre manifiesta en esta vida son la mejor prueba del ayer del alma.

Es, además, innegable que, á pesar de esta variedad y desigualdad de aptitudes, el alma de un europeo de regular cultura está incomparablemente más desarrollada con relación á la de un cafre de la Zelandia, que la de éste con relación á la de un chimpancé. ¿Cómo explicar tamaña diferencia si el alma humana es de ahora? Admitido el origen y progreso del espíritu como hemos manifestado, todo tiene sencilla y fácil explicación.

IDENTIDAD DEL ALMA

El fundamento en que se basa la justicia es la identidad del yo. Ni las penas, ni las recompensas tendrían razón de ser sin esta propiedad del alma.

Y no sólo el yo es idéntico durante esta efímera vida: lo es también después de ella, y las religiones así lo han comprendido al imaginarse paraísos é infiernos donde las almas reciban los premios ó castigos de sus obras.

Mas la identidad del yo no es una propiedad absoluta, como parece desprenderse de lo que enseñan las religiones, pues al otorgar el mismo premio ó inflingir el mismo castigo por siempre, claro es que se juzga que un espíritu será por siempre el mismo y con las mismas cualidades, sin que pueda tener lugar en él el más leve cambio ni perfeccionamiento, y esto lo conceptuamos absurdo porque, á parte de otras razones de orden moral, está en contradicción con la ley del progreso y con las propiedades del alma.

Acaso no hay palabra que se preste más á la

(1) Véase en el tomo de 1895 el trabajo *La nueva ciencia*.

discusión que la palabra "identidad", según el concepto que de ella nos formemos: de tal modo, que con igual fundamento podemos aceptar que rechazar la identidad del yo, según el alcance que demos á esta frase.

Una vez admitido el origen y desarrollo progresivo del espíritu, tal como lo hemos expuesto precedentemente, es fácil determinar lo que debemos entender por identidad del espíritu, valiéndonos para ello de la continuación del símil anterior.

La fisiología nos dice cómo el cuerpo humano, lo mismo que el de todos los animales, se compone de numerosos órganos, cada uno de los cuales tiene vida propia, pero subordinada al todo de que forma parte; y cómo para la conservación de la vida estos órganos están en constante actividad, asimilándose los elementos nuevos que les son necesarios, y que entran á formar parte del individuo, y desechando aquellos que ya están gastados y son inútiles. Es, por lo tanto, nuestro cuerpo de hoy el mismo, aunque no en absoluto, que el de ayer, pues tiene los mismos elementos. Mas como la renovación es incesante y continua, resulta que al cabo de algún tiempo el cuerpo no posee ninguno de los elementos que tuvo anteriormente.

La fisiología también nos dice cómo en esta renovación perpetua preside en cada individuo una fuerza especial, en cuya virtud la asimilación se efectúa de un modo tal, que los nuevos elementos que entran á formar parte del ser adquieren, aunque tampoco en absoluto, los mismos caracteres peculiares de los que sustituyen. Esta particularidad es la que hace que cada individuo conserve sus rasgos distintos y diferenciales de los demás individuos, que es lo que constituye su identidad.

Como nuestro cuerpo de hoy es, con pequeña diferencia, el mismo de ayer, el de ayer el mismo del día anterior, y así sucesivamente, conservando sus caracteres peculiares, en este sentido relativo es como únicamente podemos aceptar la identidad, pero en sentido absoluto no, porque sabemos que nuestro cuerpo de hoy no conserva un solo átomo de nuestro cuerpo de otro tiempo.

Pues este mismo concepto y este mismo alcance hemos de formar y hemos de dar á la palabra identidad del espíritu.

Objetarase que el alma es inmaterial y que no constando de partes no puede haber en ella cambio alguno, permaneciendo siempre la misma; mas á esto, la moderna psicología ha de manifestar que el alma, como entidad particular, independiente y limitada, es un algo substancial, al que rige la misma ley de renovación y de progreso que á la entidad corporal, ley que vemos confirmada por la observación, pues aun fijándonos solamente en el brevísimo tiempo de una vida, ¿podemos admitir que el alma permanece siempre idéntica en sus modos de sentir, pensar y querer, sean cualesquiera los acontecimientos que la afectan? ¿No expresamos bien gráficamente el cambio que se va operando en ella cuando, al recordar nuestro modo de pensar y de querer de otro tiempo, exclamamos: "¡Si yo no me reconozco!"; Y la transformación se hace más evidente si observamos al espíritu subir, á través de sus evoluciones, por la escala de su perfeccionamiento hasta llegar á ser alma humana.

En todos los momentos ha conservado su individualidad diferencial de los demás espíritus, es cierto; mas lo es también que en su progresivo desarrollo ha experimentado tales cambios en to-

das sus facultades, que nada es y nada tiene de lo que fué en lejana época.

Por eso creemos que es un error, y error fundamental, del que derivan tristes consecuencias, la afirmación que generalmente se hace de que "el espíritu es siempre el mismo y lo mismo." La segunda afirmación la rechazamos por las razones anteriormente expuestas, y en cuanto á la primera, sólo en sentido bastante relativo podemos admitirla.

EUGENIO GARCÍA GONZALO.

LA PEÑA DEL ROBLEDAL

I

Entre los habitantes de Villabella, el Sr. Manolo y su mujer la señora Feliciano eran los de viso, cosa fácil de comprender si se tiene en cuenta que debían á Pluto extraordinarios favores. Josecito, único vástago de este feliz matrimonio, crecía entre las caricias y solicitudes de sus padres y las falsas adulaciones de los aldeanos envidiosos, no ignorando los primeros que su caridad inagotable y sencillo y bondadoso proceder eran insuficientes para conquistar la verdadera estimación de los convecinos de Villabella; pero ¿qué le habían de hacer? Si la Providencia les dió tantos bienes y Dios les dotó de almas tan virtuosas, ni Dios ni la Providencia debieron arrepentirse de sus prodigalidades, puesto que la casa del Sr. Manolo era un manantial permanente de buenas obras.

Mientras Josecito fué pequeño, los *ricachos*, como satíricamente llamaban á sus padres en la aldea, se consideraron muy felices; pero un día, el Sr. Manolo, que no era un zote, habló así á su mujer:

—El chico es nuestra alegría y sé que sin él no hemos de hallarnos; pero tiemblo de pensar que al abrirse las puertas de la razón, se le llenen el cerebro y el alma del aire viciado que en la aldea se respira y sea mañana una criatura despreciable y desventurada. Prepara, pues, lo preciso, que desde principio de curso me le llevo á la corte para instalarle en los Escolapios.

Felicia no replicó; prueba de que le pareció justa semejante determinación, pero no tuvo fuerzas para impedir, sin embargo, que dos gruesas lágrimas resbalasen por sus mejillas.

II

—¿Lloras, Inesilla?

—Sí, padre cura; ¡soy tan desgraciada! Josecito se marchó esta mañana; ¿qué va á ser de mí, pobre huérfana, sin mi mejor amigo y constante protector?

—¡Bah! Sus padres seguirán reconociéndote lo mismo.

—Pero, señor cura, si es que Josecito no me abandonaba nunca; yo sé que la ribera y la montaña, el prado y el bosque nos tenían por hermanos. Juntos íbamos por flores, á buscar nidos y á coger mariposas; juntos nos veía usted entrar en la iglesia los domingos y juntos subíamos á la peña del Robledal todos los días para rezar al toque de oraciones...

Sorprendido el párroco al escuchar esto, interrumpió á la muchacha diciendo:

—¿Y por qué tomaros ese trabajo inútil de subir á la peña para rezar el *Angelus*?

—Inútil no, padre, usted perdone; Josecito me aseguró muchas veces que como la peña está tan alta, desde allí se está más cerca de Dios, puede oírnos mejor...

—¡Oh! —exclamó el bondadoso sacerdote, respetando la piadosa ilusión de los tiernos niños; y añadió con dulzura, poniendo una mano sobre la cabeza de Inesilla y ofreciéndole la otra para que la besase;— consuélate, pues, pobre niña, para que no se ofenda Dios porque te enoja su voluntad, y sube á la peña como hasta aquí para rogarle por tu amiguito y exponerle tus deseos. Él te escuchará si lo haces con verdadera fe.

III

Pasaron los meses, los años. Josecito se hizo un joven distinguido y, una vez concluida su carrera de Medicina, entró de practicante con un doctor eminente, prometiendo por sus aptitudes serlo él á la vuelta de algún tiempo. Sus padres iban con frecuencia á visitarlo á la corte, y aun cuando la ausencia del amado hijo les era muy amarga, las satisfacciones que éste les proporcionaba con su aplicación y aprovechamiento servíanles de agradable consuelo, de dulce lenitivo.

Mas llegó un día en que las naturalezas respectivas del Sr. Manolo y de la señora Felicia se negaron á seguir soportando el peso enorme de la existencia y cuando el último de ambos murió, Josecito hubo de permanecer en Villabella para hacerse cargo de su fortuna.

Tras los primeros días de perturbación y pesar vino la relativa reacción; el joven creyó despertar lentamente de un profundo y penoso letargo y empezó á fijarse en cuanto le rodeaba y á comprenderlo, por decirlo así. La silueta de sus primeros años se dibujó en su memoria. Los fingidos halagos y las sordas burlas de los aldeanos y las continuas discordias con los envidiosos chiquillos, surgieron en su mente á la vez que las amantes caricias de sus padres y la grata imagen de la infeliz Inesilla. Sintió una contrariedad profunda; un dolor agudo, y cediendo á desconocido impulso tomó el sombrero y salió á la calle. Anduvo, anduvo bastante, y, sin pensarlo, encontróse al pie de la peña del Robledal cuando acababa de ponerse el sol. A poco dejóse oír el toque de oraciones; Josecito se quitó el sombrero y dobló las rodillas, al mismo tiempo que una voz triste y ferviente llevó hasta sus oídos la plegaria que cuando niño rezaba en aquel sitio todos los días con la pobre huérfana. Terminada aquélla,

—Señor, que Josecito sea feliz, muy feliz, y llamad pronto á vuestra desventurada sierva Inesilla. ¿No véis que de nada sirvo en el mundo y estoy rendida de sufrir?—escuchó llorando Josecito y se volvió á su casa profunda y extraordinariamente impresionado.

IV

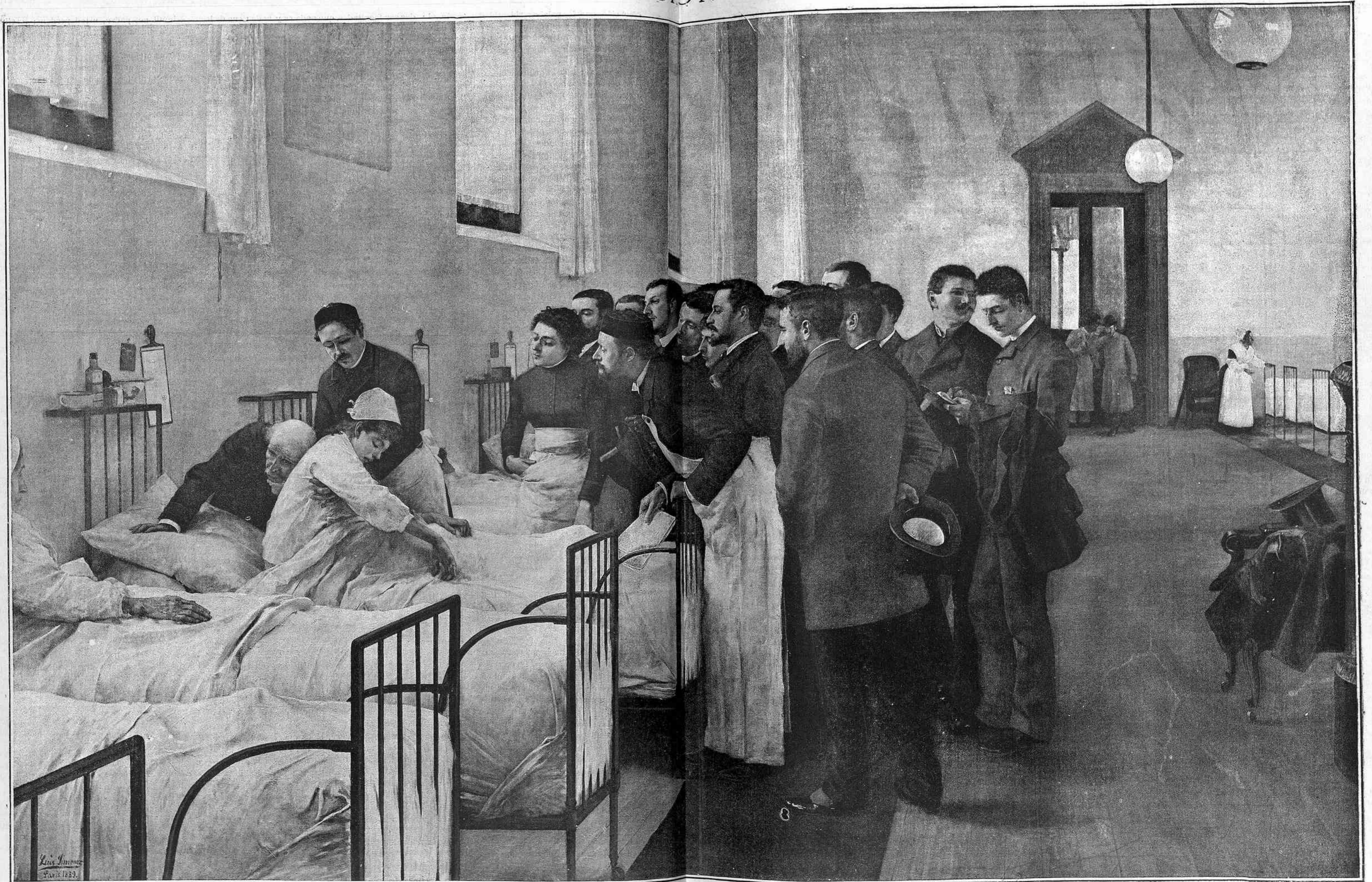
Las campanas de Villabella repicaban á más y mejor poblando de alegres vibraciones la aldea y la campiña. A cada paso se oían diálogos iguales ó parecidos al siguiente:

—¿Y este extraordinario repiqueteo?...

—Pues la boda del hijo de los *ricachos* y la Inesilla—contestaban furiosas las aldeanas que tenían hijas casaderas.

—Eso, eso es tener corazón de oro—añadían los viejos.

SOLEDAD MARTÍN Y ORTIZ DE LA TABLA.



BELLAS ARTES.—La vista en un hospital, cuadro del laureado artista D. Luis Jiménez.

RESEÑA HISTÓRICA DE LA GUARDIA CIVIL

POR EL TENIENTE CORONEL DEL CUERPO

D. EUGENIO DE LA IGLESIA

CAPÍTULO VIII

Establecimiento del servicio del Instituto.—Fuerza en Diciembre de 1844.—Reglamentos de 9 y 15 de Octubre.—La Cartilla.

El honor ha de ser la principal divisa del Guardia civil.—Art. 1.º de la Cartilla.

I

Como en el anterior capítulo dejamos dicho, en 25 de Octubre salieron de los depósitos de Leganés y Vicálvaro las fuerzas organizadas del primer tercio, para distribuirse entre las diversas provincias de Castilla la Nueva.

Sucesivamente fueron saliendo las compañías y escuadrones destinados á los demás distritos militares, pudiendo empezar á prestar su servicio el 19 de Noviembre, día del santo de S. M. la Reina.

Fecha memorable, en verdad, para la Guardia civil la de 19 de Noviembre de 1844. Si las de 28 de Marzo y 13 de Mayo lo son á su vez por haberse publicado en ellas los dos Reales decretos que dieron vida al Instituto, la del santo de aquella egregia dama que se llamó en el trono doña Isabel II, lo es más que ninguna, porque á partir de ella comenzó á recibir la pública sanción de todas las gentes honradas, sin distinción de clases ni categorías, la bien cimentada obra del General Duque de Ahumada.

La fuerza asignada al Cuerpo tardó algún tiempo en completarse. Ni los aspirantes sobraban, ni todos reunían las condiciones que se exigían, y de aquí que el aumento se realizara paulatinamente. La revista de Comisario de Diciembre se pasó ya con un efectivo de 2.900 hombres con 562 caballos, aumentándose progresivamente durante todo el siguiente año. Los guardias, poseídos de gran entusiasmo y *engreídos de su posición* como les exigía su reglamento, eran recibidos con prevención y desconfianza en algunos puntos, con muestras de inequívoco gozo en los más; pero bien pronto su buen comportamiento les granjeó generales simpatías, convenciéndose las gentes de que la especie de policía inquisitorial que por los enemigos del nuevo Cuerpo se les había anunciado, constituía realmente una verdadera guardia popular, temible sólo para los malhechores y perturbadores de la pública tranquilidad.

No eran únicamente los Guardias civiles unos simples soldados, como tales perfectamente instruidos y disciplinados, sino que al salir á prestar su servicio de protección y seguridad, poseían ya reglas fijas á que atenerse para desempeñarlo bien y cumplidamente. Habíaseles repartido manuscrito á los que sabían leer—pues á la creación del Cuerpo existían muchos que apenas deletreaban ó que no deletreaban de ningún modo,—habíaseles repartido en los depósitos el proyecto de reglamento para el servicio, instruyendo verbalmente á los demás de sus principales prescripciones, el cual proyecto, aprobado por el Gobierno, se publicó por Real decreto de 9 de Octubre “á fin, según decía, de que la fuerza que se hallaba ya completamente organizada, empezase sin demora á ejercer su importante cargo y pudiera corresponder bien desde su origen al carácter protector y benéfico de la Institución.”

El primitivo reglamento para el servicio variaba bastante en su esencia del actual. Calcado, ó poco menos, en el Real decreto de 28 de Marzo, cuyo análisis hemos hecho en el capítulo VI, no respondía en absoluto á los propósitos del Duque de Ahumada, por la excesiva dependencia de las autoridades civiles en que colocaba al nuevo Instituto.

Cierto es que el entonces Ministro de la Gobernación, D. Pedro José Pidal, decía modestamente en el preámbulo del decreto que acudiendo á lo más preciso y *dejando á las lecciones de la práctica y de la experiencia* el ensanche y los pormenores que pudiera exigir una obra cumplida en tan delicada materia, se había limitado á formar un breve y sencillo reglamento, en el cual se determinasen el objeto y las relaciones del Cuerpo, así como los deberes y las facultades que le correspondiesen en el orden civil; pero, con todo, algunas de sus prescripciones, y precisamente en este importante extremo de los deberes y facultades, necesitaban una pronta modificación, si no se quería que la Guardia civil se convirtiese en breve en un cuerpo de policía, que era lo que su ilustre organizador tenía formal empeño en evitar.

II

El articulado de este reglamento apenas ha variado de 1844 hasta la fecha.

A primera vista, y salvo la diferencia de nombres, tales como los de *Jefes políticos* en vez de Gobernadores y los de *rondas y partidas* en vez de parejas, pues el servicio por parejas aún no se había establecido, la falta de prescripciones para el servicio rural y el no proporcionarse casas cuarteles más que en las poblaciones donde se reuniesen de cincuenta hombres en adelante, el reglamento civil de 1844 parece el mismo hoy vigente.

Y, sin embargo, el solo artículo 24, ahora 23, establece una esencial diferencia al prescribir que “todo individuo de la Guardia civil tiene obligación de auxiliar y obedecer al Jefe político ó á sus delegados cuando requieran la intervención de esta fuerza, etc., etc.,” es decir, que por el primitivo reglamento existía la obligación, no sólo de auxiliar, sino de obedecer á cualquier Comisario, Inspector de policía ó Alcalde en su calidad de delegado del Gobernador.

Dada esta prescripción, consecuencia lógica y natural de ella eran las de que “el Comisario de protección y seguridad pública fuera la autoridad que dispusiera el servicio de la Guardia civil en su respectivo distrito (art. 14); que el Comisario pudiera por su propia autoridad reunir dos ó más secciones, brigadas ó destacamentos (art. 16), y que estuviera facultado (art. 17) para poner á las órdenes de algún *Celador* parte de la fuerza correspondiente al término de su jurisdicción.”

Añádase á esto, como complemento, que la recompensa que por el art. 55 se ofrecía á aquellos encanecidos veteranos, procedentes en su mayor parte de la guerra civil dinástica, que prestasen algún servicio extraordinario, consistía en una gratificación ó en un simple distintivo, y se convendrá en que el reglamento de 1844, á pesar de su hermoso capítulo de *Obligaciones y facultades*, minaba por su base, aún no muy sólida, el nascente prestigio de la nueva Institución.

No es, pues, extraño que en la práctica dejara muy pronto de observarse, en cuanto á la dependencia de los Comisarios y Celadores, sufriendo

completa reforma en esta parte por el de 2 de Agosto de 1852, hoy vigente.

Subsistieron, sin embargo, en éste y continúan en vigor los artículos 10 y 13, actualmente los 9.º y 12, en que se faculta al Ministro de la Gobernación y á los Gobernadores civiles de las provincias para suspender en sus funciones al Jefe ú Oficial que no dé cumplimiento á las órdenes recibidas, ó que por cualquier otro medio entorpezca el servicio; facultad lógica y natural si el Cuerpo se hubiera organizado civilmente con arreglo al Real decreto de 28 de Marzo; pero innecesaria y hasta perjudicial, por atentatoria al prestigio de Jefes y Oficiales beneméritos, existiendo un Director general del Instituto y los Coroneles subinspectores de los tercios, á quienes pueden recurrir las autoridades civiles con las quejas ó reclamaciones que tuvieran.

LA PRIMAVERA

Venciendo del invierno los rigores,
del amor venturosa mensajera,
la tibia y deliciosa primavera
inúndanos de luz y de colores.

En sus alfombras de verdor y flores,
que aromatizan la anchurosa esfera,
osténtase lozana y placentera
repartiendo á natura sus primores.

Del vate el estro su favor acrece;
en ella el ave su canción inspira,
y en su ambiente balsámico parece
que más profundo el corazón respira.
¿Quién, estación bendita, no obedece
tus mágicos influjos en su lira?

MIGUEL CARRASCO LABADÍA.

PASARSE AL ENEMIGO

Polonia y Cuevitas eran un matrimonio modelo. Cariñosos como dos tórtolas, parecían nacidos el uno para el otro, constituyendo la naranja entera que la humanidad toma por símbolo del matrimonio afortunado.

Así vivieron muchos años, los suficientes para tener dos hijos, que andando el tiempo, cuando él, forzado por desastres de la escasa hacienda doméstica, tuvo que solicitar el pase á Cuba con el fin de enderezarla, era el muchacho un pollo que se preparaba para entrar en la Academia de Infantería, y ella una niña casi núbil, casi bonita y muy graciosa.

Entonces reinaba la guerra en la perla de las Antillas, la terrible guerra de diez años, y la pobre esposa vislumbraba dos enemigos terribles acechando su felicidad y amenazando al porvenir de sus hijos, los mambises y el vómito; ellos fueron los que la obligaron á quedarse, el temor de que esos enemigos pudieran cebar sus iras en aquellas adoradas cabecitas, y se conformó con el sacrificio de Cuevitas por ellos, bien ajena de que existiera otro enemigo misterioso más capaz que los mambises y el vómito de destruir las dichas del porvenir.

Varios meses hacía que Cuevitas, el esposo amante estaba á muchos cientos de leguas de distancia, pero su amor y su previsión allí estaban reales, tangibles, en forma de pródiga asignación que subvenía con holgura á las necesidades de los tres, y allí estaban también sus cartas cariñosas cuajadas de tiernas frases y de dulces evocaciones. Verdad es que esas cartas habían ido dis-

minuyendo en frecuencia y abundancia de texto; pero es tanto el cansancio y las preocupaciones de la guerra, que hartó hacía el pobre con acordarse de ellos en medio de sus fatigas.

—Qué bueno es papá, hijos míos—decía la pobre madre constantemente, procurando grabar en el corazón de ellos la gratitud y el amor hacia Cuevitas.

De repente la correspondencia se interrumpió, y algún tiempo después, cuando Polonia acudió a cobrar su asignación mensual, dijéronle que había caducado. La infeliz madre volvió una y otra vez con el mismo intento, contestándole siempre lo mismo.

Sospechas terribles cruzaron por la imaginación de aquella mujer. ¿Habría muerto Cuevitas? ¿Estaría atacado del vómito? Esta idea la espantaba, mas había que desecharla, según le decían, porque el nombre de su esposo no figuraba en relaciones de fallecidos; no obstante, algo muy grave debía ocurrirle a su Cuevitas para que no pudiera enviarles como antes sus amorosos recuerdos y, sobre todo, para que se viera privado de cuidar de su existencia, porque hartó sabía él que ella y sus hijos no tenían más medios de vivir que la asignación señalada.

Era tan ciega la fe que la pobre mujer tenía en el cariño de él, que un día en que por milésima vez molestaba en el Depósito de Ultramar pidiendo noticias de su esposo, expresando sus temores de que le ocurriera algo extraordinario, un Oficial, compadecido, hubo de decirle: "Desengañese usted, señora, su esposo estará sano y bueno, pero como será un tunante como otros muchos..."

No pudo terminar porque aquella mujer, irguiéndose como una leona irritada, le cortó la palabra, diciéndole: "Está usted muy requete-equivocado. Usted sí que será un tuno, me atrevo a asegurarlo; pero el Teniente Coronel Cuevitas es todo un caballero, cien veces más caballero que usted y todos los que se le parezcan..." Y ya no volvió más por aquella oficina, donde tales groserías se permitían.

Por fin, las necesidades apremiaban y los temores por la suerte de Cuevitas iban acentuándose a medida que los apuros crecían; así, la buena mujer, escuchando el consejo de algún amigo, al mismo tiempo que evitando todo riesgo a sus niños, resolvió pedir el pasaje, a que tenía derecho, para reunirse con su esposo, dejando a sus hijos con una familia conocida que cuidara de ellos durante el tiempo indispensable para llegar a ver a su hombre querido y traérselo para acá; a traérselo, sí, porque ¿qué autoridad se atrevería a negarle, después de lo que era necesario que hubiese sufrido Cuevitas para no poder escribirles durante tan largo tiempo, que ella tuviese la satisfacción de llevárselo a sus hijitos y decirles "aquí, aquí tenéis bueno y sano a vuestro padre?"

Pocas semanas más tarde, de uno de esos vapores de forma singular que hacen el tráfico costero de Cuba, llegado a Cienfuegos y arrimado al viejo muelle de madera que avanza sobre el mar, sostenido sobre sus pilotes cual un monstruoso cien pies, saltaba una mujer enlutada.

Sobre el muelle divisó varios soldados contemplando la animada escena del desembarque.

A uno de ellos, al más inmediato, se dirigió:

—¡Eh, muchacho! ¿De qué regimiento es usted?

—De Nápoles, señora—le contesta.

—Qué felicidad, el regimiento donde en la Capi-

tanía general de la Habana le indicaron servía su esposo.

—¿Conoce usted al Teniente Coronel Cuevitas?—pregunta de nuevo.

—Pues no faltaba más que no le conociera mandando mi batallón; eso sería contra la obligación del soldado, señora.

—¿Sabe usted si está bueno?

—Sobre este particular no puedo decir a usted nada porque hace quince días que salió de columna; pero eso se lo podrá decir a usted su señora, que vive en la calle Real.

¡Qué había dicho aquel hombre! ¿Su qué...? ¡Su señora! ¡Eh! ¿Cómo podría ser eso ni qué otra señora de Cuevitas podría haber en el mundo más que ella?

—¿Querría V. hacer el favor de acompañarme a su casa?—dijo Polonia, que era ella la enlutada a que nos referimos.

—Con mucho gusto. Y empezaron a andar, él con paso firme, como el de quien sabe muy bien dónde se dirige, ella vacilante cual el que presiente lo conducen a un peligro.

Durante el trayecto su corazón latía desordenadamente; por su cerebro pasaban confusos y entremezclados millones de pensamientos amargos; pero era tanta la fe que tenía en su Cuevitas que, aun despedazándolo en su alma y conteniendo la oleada de celos que oprimía su garganta, decía para sí: Qué señora ni qué ocho cuartos; los hombres al fin son hombres y el tiempo, la ausencia mía, la fragilidad de su bondadoso natural, habrá hecho que alguna tunanta, con la idea de arruinarle y chuparle, no le deje ni a sol ni a sombra; mas gracias a Dios ya estoy aquí y todo lo arreglaré en un santiamén, con la ayuda de Dios.

Condujéronla a una casa donde preguntó el que la acompañaba por la señora de Cuevitas e hiciéronla penetrar en una sala baja situada al piso del suelo. Allí, mientras aguardaba impaciente y nerviosa, todo, todo lo inspeccionó y todo encendía su celoso transporte y la denunciaba el nido amoroso esmeradamente preparado.

Los bibelots caprichosos; los muelles balances, dispuestos uno junto a otro como para los voluptuosos abandonos y las tiernas confianzas, expresadas en voz temblorosa al oído; las lámparas de tulipán esmerilado, destinadas a derramar tibia luz sobre dulcísimas intimidades.

De repente, crujido de ropas agitadas, rumor de leves pisadas que se acercaban, una puerta que gime tristemente al girar sobre sus goznes y en frente de ella una rubia encantadora, de rostro casi infantil, que se presenta sonriente, afectuosa, y cogiéndola cariñosamente una mano la obliga a sentarse junto a ella, preguntándole a qué debe la satisfacción de su visita.

Polonia, involuntariamente, dominada por aquella candorosa recepción, teme abordar violentamente la embarazosa situación y, maquinal e instintivamente, repuso:

—¿No me conoce V., señora? ¿Nunca le han hablado a usted de mí, no es verdad?

La hermosa rubia fijó en ella sus ojos, replegó sus cejas como reuniendo los recuerdos y haciendo memoria de un retrato que le había enseñado Cuevitas y con el que encontró en aquella mujer exacto parecido; de pronto iluminó su rostro con placentera sonrisa como habiendo vencido la dificultad, y echando los brazos al cuello de Polonia la cubría de apasionados besos, exclamando:

—¡Ah, sí! ¡qué torpe soy! Sí, V. es la tía, la tía de Cuevitas.

Aquella cariñosa palabra sonó a los oídos de Polonia como sorda bofetada que la hubiera descargado a la vez sobre el rostro y sobre el corazón: así que se levantó, cual empujada por un resorte, roja de ira, echando chispas los ojos y contestando a gritos desesperados:

—No, señora, no, señora; aquí no hay más tía que usted, a pesar de esa cara de no haber roto nunca un plato. Yo soy la mujer, la legítima esposa de ese hombre con quien anda V. en tan malos pasos, de ese canalla, que permite que mueran de hambre sus hijos.

Mientras Polonia, furiosa, ciega, pronunciaba estas palabras, recalcando cada una de ellas con despreciativo acento, la joven se demudaba espantosamente, miraba en derredor con esa mirada vaga del que se siente mortalmente herido, y de pronto se desplomó en el suelo, debatiéndose con las convulsiones de un terrible ataque nervioso.

Pocos días después, sobre la toldilla de un transatlántico que llevaba rumbo para España, Polonia, sentada sobre una banqueta de tijera, apoyando la espalda en el filarete de la obra muerta, veía desaparecer entre las brumas del horizonte la verde masa de la isla de Cuba, donde dejaba enterrada la felicidad de toda su vida. Siquiera, pensaba ella, los que descansan en el seno de esta isla engañosa, murieron a mano traidora; pero mi corazón, tan lleno de dicha, ahí murió asesinado por quien le debía amor y gratitud eterna.

Pensaba en aquel infame a quien tanto defendiera siempre, que dándose las de soltero había logrado engañar a otra familia honrada, y meditaba sobre su desdichada suerte, que no le había ofrecido otro recurso que el silencio y un pedazo de pan para sus hijos, ó la denuncia y la perdición para aquellos seres amados.

No había escapatoria; era preciso ceder; aquella familia engañada consentía en callar sólo por evitar sonrojos y vergüenzas para su hija; mas si esos sonrojos y esas vergüenzas caían, la denuncia de bigamia hubiera sido un hecho, y con la denuncia sus hijitos se convertirían en dos mendigos hijos de presidiario, y la madre se había superpuesto a la esposa y a todo consintiera con tal de que él se obligara judicialmente a una asignación prudente.

Quince días después, el vapor entraba majestuosamente en el antepuerto de Barcelona y entre los botes que lo rodeaban, en uno lleno, atestado de gente, se distinguían dos figuras juveniles de pie agitando alegremente sus manos. Pocos minutos después, admitido a libre plática el barco, Polonia bajaba apresuradamente la escala de estribor y caía anegada en lágrimas entre los brazos de sus hijos, a quien estrechaba frenéticamente y devoraba con sus besos mientras ellos le preguntaban ansiosos:

—¿Y papá? ¿Está bueno? ¿Por qué no viene contigo?

Ella, turbada, contestaba:—Sí está muy bueno, hijos míos; pero tardaréis mucho en verle tal vez.

—¿Por qué, por qué vamos a tardar?

—Por una cosa que no debéis decir a nadie.... porque...—y la pobre mujer abría desmesuradamente los ojos, de los que escapaba una lágrima silenciosa como queriendo dar cierto acento de solemnidad a sus palabras e imponer terror a sus hijos...—porque ¡se ha pasado al enemigo!

ADRIÁN CARRERAS.

LA VIDA PROVINCIANA

EL AMOR EN LA ALDEA

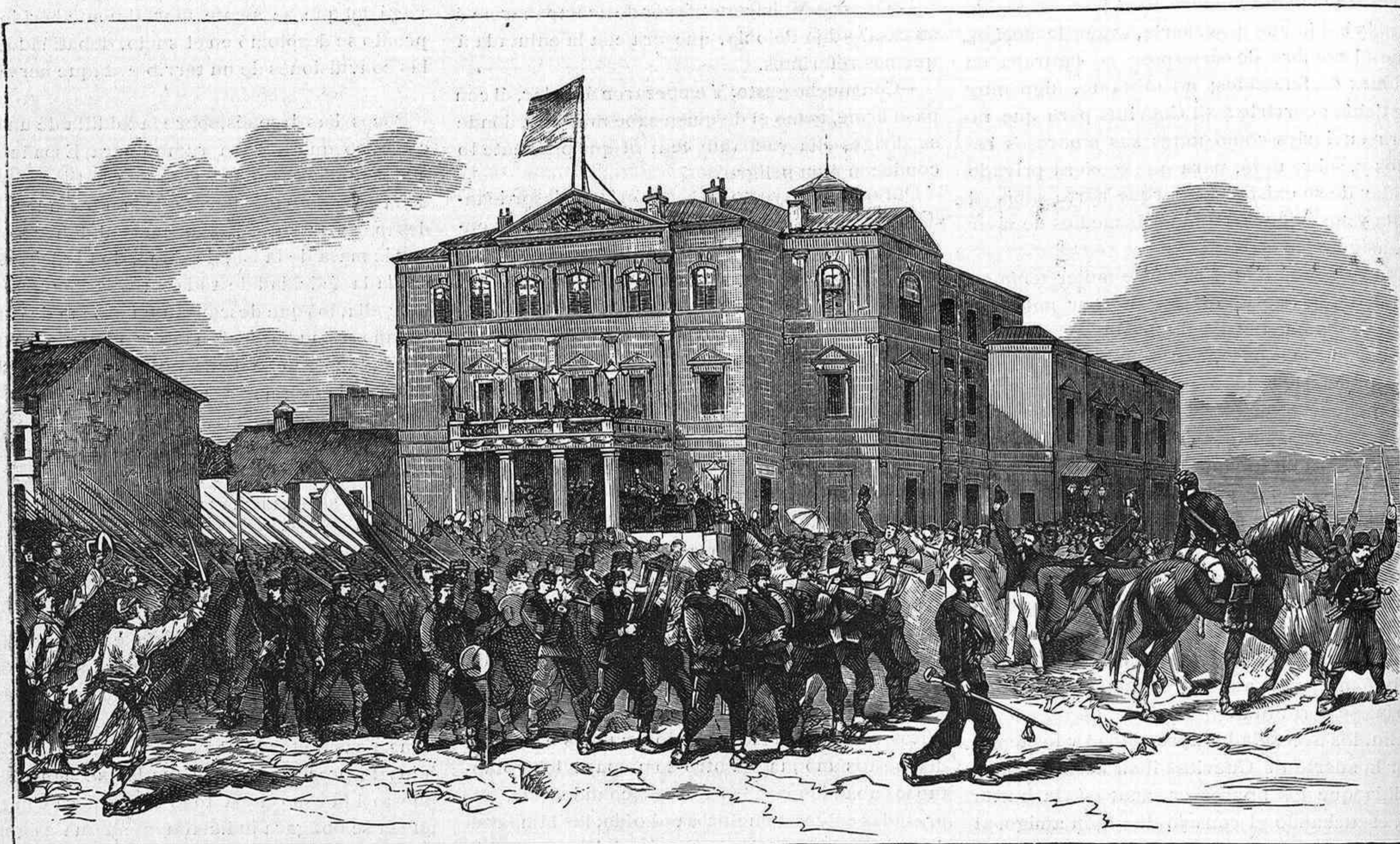
Aunque la naturaleza humana en el fondo es siempre y en todas partes la misma, tiene, sin embargo, diversas formas de expresión según la atmósfera en que se desenvuelve. No se ve el aire que se respira. A pesar de ello, en el aire, en esa cosa tan sutil, parece ir el germen de los temperamentos diferentes. No son las flores del Norte, donde la nieve cubre la tierra, iguales á las flores del Sur, donde el sol dora los campos. El flemático inglés no ama de idéntica manera que el árabe

los efectos teatrales de la vida se deslizan inadvertidos. Aquí la chispa eléctrica de la simpatía no salta de pronto entre una mirada y otra. Se ven crecer los cuerpos y hermosearse las caras. La murmuración, nacida del ocio moral y fomentada por la felicidad material, lanza sus dardos hasta el rincón más escondido de los hogares. Se despoja de todo misterio, y, por consiguiente, de toda poesía, al ser amado. El amor en los pueblos no lleva vendados los ojos.

Es una desilusión, pero es la verdad. Se llega desde las grandes capitales á las localidades pequeñas con sed de idealismo. Pero al punto se tropieza con la realidad grosera. Ese amor purísimo tan decantado de la aldea, es un mito. Es en

del príncipe que se casa con una pastora. Entonces unos ojos bonitos tienen tanto poder como un arca llena de oro. Entonces no se interpone entre los besos que da el cariño la mano fría y descarnada de la fortuna. Pero los que se unen por amor, como si cometieran un crimen, ó como si fueran un reproche, son víctimas de las iras generales. ¡Harto cruelmente pagan su pecado! Son, por lo menos, tenidos por locos.

El amor en los pueblos es, en suma, una cosa miserable. En torno de él ¡cuántas tragedias de reptiles se desarrollan! Los espíritus poéticos ¡en aventuras necesitan empeñarse para sacar libres y sin manchas las altivas é inmaculadas alas de sus esperanzas celestes! Mas, en fin, el amor con-



Conflicto turco-griego.—Tropas griegas en marcha hacia la frontera (punto de nuestro corresponsal artístico Sr. Miontopoulos).

vehementísimo. Las pasiones, pues, son cuestión de clima. Diré más. Las pasiones se ajustan exactamente al marco de la localidad que las circunda. El amor en una ciudad no es como el amor en una aldea.

En Madrid, por ejemplo, el amor es algo que pasa. Es una mirada que se cruza al azar con otra. Es el choque repentino de dos corazones y muchas veces de dos caprichos. Es una cadena aérea que enlaza, de acera á acera, dos voluntades. Es la ilusión de un momento que se encuentra andando por las calles, entre la gente que camina á sus negocios, al lado del fango que salpican las ruedas del coche del poderoso, junto á la miseria que se desliza, vestida de andrajos, henchida de lágrimas, errante, en pos del suicidio.

En los pueblos no hay esto. En los pueblos el amor nada tiene de repentino. Empieza por un juego de niños y concluye por una cuenta de aritmética. Un muchacho y una muchacha fueron á la escuela juntos soñando en los juguetes. Un hombre y una mujer van al altar pensando en olivares y viñas. Aquí no caben las sorpresas. Aquí

vano que los lugares se revistan de los adornos más bellos para servir de escenario á los amantes. Los patios encierran fuentes murmuradoras y pájaros melodiosos. Las rejas se engalanan de flores perfumadas. Los campos se extienden, con alfombras de aterciopelada hierba, bajo horizontes inmensos. Las noches ostentan un cielo cuajado de estrellas luminosas. Los días son sonrosados como mejillas virginales, dorados como cabelleras de ángeles infantiles. Pero todo es en vano. Las cartas de amor que se cambian entre los novios parecen cartas comerciales. Los coloquios, que debían ser inspirados por el fuego de las pasiones infinitas, resultan algo así como los preliminares de un contrato. ¡Es un desengaño! ¡Es una desdicha! Después de visitar un pueblo, hay materia para pensar que los grandes sentimientos han huído del alma que sujeta entre las cuatro calles de un villorrio.

Suelen, sin embargo, estallar aquí algunos dramas. No faltan corazones candorosos que, rompiendo la ley de la costumbre, siguen sus inclinaciones naturales. Entonces se da el caso fabuloso

sigue tocar al matrimonio. Los novios han saltado desde la ventana furtiva hasta la alcoba legalizada. Y cuando, con la posesión del deseo, parecían haber concluido todos los sinsabores, empieza el disgusto más espantoso, el terrible hastío, hijo de la monotonía de la vida. Menos mal para el hombre que puede recrearse en el casino, emplearse en el campo, olvidarse de su cadena en el trajín de los negocios. Pero, ¿y la mujer? Allí en su morada permanece toda su vida, convertida, no en señora de casa, sino en criada de todos: de sus hijos, de su marido, de sus mismos sirvientes.

¡Pobre muchacha! La véis siendo la alegría y el encanto de su familia. Es lozana como un fruto silvestre. Es sencilla como las palomas, á quienes da de comer con su mano. Es virtuosa en extremo, con una virtud que araña, como flor nacida en una zarza. Se levanta con las alondras y se acuesta con las gallinas. Viste de pobre, siendo rica, con una tela cualquiera. Anda como una fámula más entre los quehaceres domésticos. Y si lleva guardado en su corazoncito de miel un ideal superior á cuanto le rodea, allá en lo interior déjalo podrirse

ó se muere de vieja no habiendo conocido jamás las sublimes delicias de dos corazones que se comprenden y se juntan para siempre en la tierra. Ella no puede escoger la ventura. Tiene que aceptar el amor entre los pocos hombres que conoce, y con quienes va, en forzosa compañía, en el reducido recinto del pueblo, durante el fatigoso viaje de su mezquina existencia.

JOSÉ DE SILES.

HABLADURÍAS

Los campos reverdecen.

La naturaleza viste su terno verde con flores y motas.

Cielo verde, agua verde en estanques y orillas del mar.

La brisa, como *música suave*—que se lee en las acotaciones de algunas comedias del teatro Español antiguo—, acaricia el rostro de la hermosa madrileña y en algunas mañanas, cuando sopla del lado del Guadarrama, afeita á los vecinos, también hermosos.

La naturaleza despierta y se despereza en Abril.

Las lilas pregonan la "bonhomie ingénita," de algunos varones. Este año es colosal la "tirada," de lilas.

Los árboles se cubren como grandes de España de primera necesidad ó de primera clase.

La atmósfera, saturada de aromas, en el Jardín Botánico y en Chamberí y Pozas, en la Casa de Campo como en las Peñuelas, embriaga á las mujeres y perfuma á los hombres de bien.

¡Ah! ¡Cuán poético se vuelve el individuo pensador!

Empiezan las murmuraciones de arroyos, cañas... agitadas por el viento y vecinas ídem.

Todo renace y crece y se multiplica.

La cosecha de *Mesías* y *Niños celestes* es riquísima.

Esto no es especialidad de nuestro país.

En el Brasil continúa sus predicaciones de propaganda Remington el Mesías *Conseilheiro*.

Es un redentor que viene á salvar á la Humanidad ó va á redimir al hombre por el plomo y el fuego y el acero, la pólvora y la dinamita.

Todo por amor al prójimo... y á la prójima.

Calculen ustedes lo que haría ese Salvado... Frascuelo brasileño, si no le arrebatara el amor al hombre.

Como decía un quinto sevillano rural á un sargento de su compañía, á propósito de la voladura de un polvorín:

—Miste que si ayega á sé un porvorón...

Si *Conseilheiro*, en lugar de un redentor es un enemigo de la Humanidad, acaba con ella si puede.

Unos cuantos millares de creyentes, unos de tiro rápido y otros con fusiles de sistema "redentor," antiguo, siguen al Mesías.

El programa social y político ó la doctrina moral de los fieles, propagado por *Conseilheiro*, es de candor primitivo.

Se reduce á desvalijar al prójimo, amputarle la cabeza, si es necesario, y esperar la vida eterna sin remordimientos.

En Francia no ha salido profeta ni mago, desde la señorita sonámbula parisiense hasta nuestros días.

Porque la ex Princesa *Caramba chinay* no ha salido ahora, que ya lo estaba, según parece.

Esa sí que es propagandista de buenas formas.



BELLAS ARTES.—Una victoria más (cuadro de M. del Rincón).

En España contamos con varios *niños devinos*, vamos al decir.

El *Niño de Dios*, que fué el primero que vino á la tierra, procedente de la tierra baja, ó sea del Bajo Aragón, según he leído; el *Niño Jesús*, que es otra criatura procedente de saldo celestial y con fonógrafo dentro, y á quien no permitió funcionar de loro místico en Tudela el gobernador eclesiástico.

Habrà, seguramente, otros varios niños vocales, embotellados por sus papás y destinados á la elocuencia andante.

Pero no han salido hasta la fecha.

Pocos siglos registrará la Historia tan felices y tan bien conservados como el siglo XIX, particularmente en España.

Va para noventa y ocho años y no ha salido de la niñez.

España ha padecido frecuentemente... de los niños.

En una época florecieron los *Niños de Ecija*, en otra los *niños góticos*, ayer los *niños Panchos* en Cuba y los niños tagalos en Cavite.

Parece que fué ayer cuando se levantaron en armas—ó en dos manos—los valerosos tagalos

para conquistar su independencia del hombre.

¡Desengaño cruel!

Al encontrarse solos y desamparados, sesenta ó setenta mil Bonifacios ó Aguinaldos, atrincheros y armados con fusiles, lantacas, falconetes, cañones—modernos y *medievales*—campilanes, bolos, arietes y catapultas, se atemorizaron.

Era temeridad tanta bravura en los defensores del imperio republicano tagalo *computativo*.

Pueblos enteros han reconocido nuestros derechos por la persuasión, como quería abrir las ostras aquel inglés, socio de la protectora de animales.

Como suelen las gentes imponer sus derechos: á palos.

¡Triste verdad! pero irrefutable.

Así trataron de demostrar el suyo los jornaleros sin pan en algún pueblo de Andalucía.

Ocupando preventivamente varios panes, en el domicilio de los "propios autores," para demostrar el derecho á la alimentación.

Como el lance que proponen concertar Pini y Thomegueux.

Podrá parecer á los maliciosos reclamo de profesores.

Pero se trata, al decir de personas, al parecer bien informadas, al parecer, de convencerse mutuamente.

En el asalto á beneficio de los *pobreticos* de la prensa, estuvo admirable el maestro italiano.

—Este hombre tira más que Thomegueux—repetía un socio de la de periodistas.

—¿Pero tú has visto á ese *Estomagué*?—le preguntó otro.

—No: pues por lo mismo digo que tira este más.

El que también "tira mucho," es Morghan, pero no á espada ni á sable ni á florete.

Este es ejercicio para caballeros, y, por consiguiente, no es para Morghanes.

Tira contra España y contra nuestro Ejército; pero desde su casa ó desde el Senado.

Y tiraría de un coche, supongamos, si le alcanzan las fuerzas.

Porque, así como en nuestro país hay Senadores vitalicios, allí, según se ve, hay Senadores de encuarte.

EDUARDO DE PALACIO.

TEATROS

Fin de la temporada teatral de 1896 á 1897.

Existe un refrán castellano que dice, á modo de sentencioso apotegma, "La costumbre hace ley," es decir, que la manera de obrar ó proceder por rutina ó tradición conduce á la inalteración en el uso de una cosa ó en la marcha de los negocios y procedimientos observados por un individuo ó por la sociedad de un pueblo ó la Nación entera.

Esta ley de la costumbre, bárbara é incongruente unas veces ó injustificada las más, suele respetarse por los hombres, apegados á la rutina generalmente, mejor que las aconsejadas por la razón.

¿Qué motivo hay para que se considere como término de la temporada teatral la Semana Santa? El paréntesis, la suspensión que ésta impone en las diversiones públicas, debe haber servido para que, desde luengos tiempos, se reputase como fin de los trabajos cómicos de una compañía de actores líricos ó dramáticos esa *Semana*, dedicada por la Iglesia católica á conmemorar la sublime tragedia del Divino Mártir del Gólgota.

Hoy ya el espíritu, menos religioso que en otros tiempos de nuestra sociedad, va introduciendo las representaciones teatrales en los primeros días de la *Semana Santa*, y algunos coliseos suspenden sus espectáculos sólo dos días: el jueves y el viernes.

No discutiremos si este *parvo* de los teatros, así como el de los cocheros en los Santos días citados, tiene razón de ser. Quizá la tesis nos llevaría demasiado lejos, y no es esta ocasión ni lugar para desarrollarla. Reverentes siempre con las costumbres cuando son buenas, las acatamos como ley que, por lo menos, tiene algo de respetable á nuestros ojos: la de ser á todas luces española.

Costumbre más ó menos puesta en razón, es lo cierto que la temporada teatral de invierno ha terminado.

Algunos coliseos ni aun han podido aguardar el fin de la temporada, cercano ya con la Semana Santa. El de Romea ha tenido que cerrar sus puertas antes de tiempo, y el Cómico ha hecho lo

mismo; mas este último con la agravante de que ha sido por segunda vez y con una nueva compañía en que figuraban reputados artistas.

El teatro de la Comedia á duras penas *ha ido tirando*, y el domingo de Ramos puso término á la temporada con la comedia *El cuarto mandamiento*, de la que no queremos hablar, porque si bien hay un refrán—y vaya de refranes—que dice "Al enemigo muerto gran lanzada," hay en cambio otra máxima mucho más noble que aconseja "Paz á los muertos."

Si el teatro Romea sucumbió antes de tiempo, precisa lamentarlo, en consideración á que la empresa hizo cuanto pudo por salir airosa de sus compromisos. Si el teatro Cómico murió, no debe extrañarse, pues ni el Salón de baile del antiguo Capellanes puede llegar á *hombrearse* con el título de Coliseo, ni tampoco la empresa ha buscado bien el medio de hacerle popular. A este *Salón* le sucede algo de lo que al de la Alhambra, hoy teatro Moderno; su estructura, mejor dicho, su construcción y formas arquitectónicas, con otras circunstancias de lugar, difícilmente lograrán hacerlos favoritos puntos de reunión de nuestro público, como no sea para cierta clase de espectáculos que en algunas grandes capitales del extranjero están muy admitidos y en Madrid es punto menos que imposible lleguen á aclimatarse.

Además, como nuestros actores pretenden aquello de que toda la baraja se vuelvan *ases*, es absurdo pensar en reunir siquiera una buena y *completa* compañía; haciendo además imposible esta conjunción la exagerada vanidad de los unos ó las ridículas pretensiones de los otros, en los míseros y calamitosos tiempos que alcanzamos en el arte de la declamación teatral.

Si alzarán Máyquez, Latorre, el gran Romea, Arjona, Valero, Matilde Díez, Teodora Lamadrid y tantos otros, de imperecedero recuerdo, la cabeza, ¿qué dirían al ver cómo andan diseminados y haciéndose cruel guerra los pocos actores que nos restan? ¿Qué pensarían, además, de sus pretensiones *pecuniarias*? Ellos se subordinaban á trabajar juntos en la obra común del arte dramático, y cobraron casi siempre la mitad de lo que hoy exigen los que apenas merccen el título de medianos. Y no se nos objete que aquéllos no eran estos tiempos de mayores necesidades; es que hoy la vanidad, el interés desenfrenado y el egoísmo se sobreponen á todo otro género de consideraciones, y la envidia, abriéndose plaza á cualquier noble propósito, envenena el teatro como emponzoña la política y la sociedad y hasta la atmósfera que respiramos en este desdichado "fin de siglo."

Por fortuna, aún hay un teatro en que más ostensiblemente al menos que en otros parece rendirse culto al arte dramático de nuestra decaída escena: el teatro Español. Buena prueba de ello ha sido la función organizada para beneficio de su notable primer actor D. Fernando Díaz de Mendoza, por más que debe lamentarse lo fuera con *piezas*, de mérito sin duda, pero que nunca pueden ofrecer el interés y condiciones importantes que una obra en tres actos.

Esto no obstante, hay que reconocer fueron magistralmente interpretados por la señora Guerrero, el beneficiado y los señores Jiménez y Díaz los dos últimos actos del magnífico drama trágico *El castigo sin vengansa*, de nuestro inmortal Lope de Vega. El paso de comedia *Boca de fraile*, del Sr. Feliú y Codina, es un juguete cómico muy original é ingenioso y dialogado admirable-

mente, en el que la señora Guerrero, la Revilla, Díaz de Mendoza y Carsi hicieron maravillas. El monólogo, escrito exprofeso por el Sr. Sellés para el beneficiado, con el título de *Honor sin conciencia*, también es digno del ingenio de su autor y proporcionó á aquel legítimos aplausos. Y, por último, *La niña del estanquero*, sainete de don Tomás Luceño, es una obra llena de sal que, aunque conocida, dió ocasión de lucir su naturalidad al beneficiado en las muchas situaciones cómicas en que abunda la obra.

Si bien en la Zarzuela ha terminado la temporada con menos fortuna que hasta aquí, pues la en un acto *El verdadero conde*, aunque tiene mérito, no ha satisfecho á los exigentes, se anuncia para cuando en Pascua de Resurrección se reanuden las representaciones, dos obras, *La viejecita*, de D. Miguel Echegaray la letra y del maestro Caballero la música, y *Un tío modelo*, de los señores Ordóñez y Saco del Valle, amén de una revista en un acto y cuatro cuadros de actualidad, con cuyas obras continuará la empresa, según se dice, el buen acierto que hasta ahora ha tenido en los éxitos teatrales.

En Apolo, la fortuna, esa deidad tan codiciada como caprichosa, parece haber asentado sus reales por largo tiempo, acudiendo el público á admirar con entusiasmo creciente el mérito de *Las bravías*, *La madre abadesa* y *Escuela musical*, obras que cada noche gustan más y que han llegado á ser un verdadero filón inagotable para esta empresa.

Por lo que toca á Eslava, sólo un *refrito*, como se dice en la picante jerga de bastidores, se ha estrenado para fin de temporada. Titúlase *Plan de ataque*, que no es más, ó lo parece, que una refundición de *Eclipse de luna*, que á su vez lo fué de una opereta de Audrán, estrenada con poco éxito en París, lo cual es tanto más censurable porque sus autores no son de los que carecen de ingenio. Mas la ambición descomedida de *hacer mucho* para el teatro, suele conducir á estos y otros excesos.

Lara concluyó la temporada como empezó, es decir, con sus obras anodinas, muy bien interpretadas, eso sí, pero incoloras é insulsas y desprovistas de interés, en su mayor parte. A este teatro le sucede lo que á esas señoritas *cursis* que se emperifollan y ponen muy erguidas y encopetadas por parecer algo. Es el "quiero y no puedo," del arte; mas ya que empezamos esta crónica de fin de temporada teatral con refranes, aplicaremos uno á esta empresa que le viene "de molde," ó "como anillo al dedo": "¡Fortuna te dé Dios, hijo, que el saber poco te vale!"

Pronto comenzará la temporada de Primavera, llamémosla así, siguiendo la ley de la costumbre.

El teatro del Príncipe Alfonso abrirá sus puertas con una buena compañía de ópera italiana, para lo cual los escenógrafos Bussato y Amalio disponen ya las decoraciones para *Lohengrin*, *Carmen* y *Gioconda*, que se dice son las primeras obras que han de ejecutarse.

La compañía del Sr. Mario marcha á Málaga y comenzará á actuar en la Comedia la que han formado los señores García Ortega y Mendiguchía.

Por último, el circo de Parish también inaugurará sus funciones con una buena compañía ecuestre, anunciándose grandes novedades.

La fortuna y el acierto guíen sus pasos.

ALFONSO BUSI.



BIBLIOGRAFÍA

LA CARIÁTIDE.—Novela por la guerra de Cuba, original de *Canta Claro*.—Madrid, Espíritu Santo, 43.—Precio, 1,50 pesetas.

Mil pesetas al que descubra la realidad que simboliza.
EL AUTOR.

Canta Claro es el mote de guerra de un escritor muy fecundo y muy original, no ya sólo por la tendencia, sino también por la forma ó estilo.

Sus obras son de dos clases: didácticas y críticas ó de combate.

La Cariátide pertenece á este grupo. Todas las llagas sociales, de tan tristes consecuencias, son aquí rudamente combatidas. El fariseísmo, la codicia, la vanidad, la astucia, el sensualismo, la deslealtad, la crueldad, encarnadas ó simbolizadas unas veces y sorprendidas ó descritas en el movimiento social otras, son aquí claramente expuestas y entregadas á la pública execración. El lector se pregunta al finalizar esta obra qué misión redentora corresponderá al siglo xx, ó si este siglo redoblará aún nuestras angustias hasta un término de inevitable muerte y descomposición.

Las principales encarnaciones ó personajes de esta novela, son de la más viva actualidad. Así se desprende del estímulo que el autor ofrece al que descubra ciertos nombres propios, que yo, por mi parte, no intentaré siquiera averiguar, porque la lección moral no requiere el nombre de los desdichados que la infringen. Eso compete al juez, no al moralista.

Libia y Elvira, tomadas ó no exactamente á la realidad, son dos contrastes de mujer admirablemente hechos. Leal y Corriente son también otros dos contrastes de hombre perfectamente desenvueltos. La fábula es interesantísima, más aún: conmovedora. Y los incidentes de una guerra, que aún dura, sugieren al autor consideraciones y críticas de gran mérito técnico y moral.

Algunas descripciones, como la del duelo, están inmejorablemente hechas.

En cuanto á críticas, son tan justas como duras las que el autor dirige á todas las infinitas formas del egoísmo dominante: el abandono de los héroes y los sabios, la mendicidad como oficio, la codicia empresaria, la hipocresía social, el libertinaje y el afán de hacerse rico pronto por cualquier medio.

El capítulo XI de esta novela es una exposición conmovedora del medio corruptor de Madrid y sus grandes desdichas. La situación es una joven seducida que acaba de morir; sus hermanitos llorando de hambre; los padres camino de la cárcel, y el seductor... en libertad.

Más tarde, Leal, un hermano de esa joven, va á la guerra para ser Oficial y poder batirse con el seductor, lo que logra, venciendo, en fin, á éste en correctísimo duelo.

Por último, el autor ha querido, en general, contrarrestar el heroísmo ingénito de nuestra raza con la cobardía de los que sólo piensan en la satisfacción á toda costa de los apetitos más torpes, de las pasiones más extremas.

Resulta así esta obra como todas las del señor Romero Quiñones: muy moral en la finalidad ó

tendencia, y muy interesante y muy agradable en el argumento ó fábula que la sirve de base.

ORDÁS.

COSAS DE CHICOS

Mala cosecha.

Un muchacho aficionado á la horticultura decía un día á su padre:

—Papá, he sembrado patatas en el corral, y ¿sabes lo que ha salido?

—Pues, habrán salido patatas, hijo mío.

—¡Cal no, señor: lo que ha salido es un cerdo que se las ha comido.

Cuestión de óptica.

Un novicio de los Recoletos Agustinos, un día de gran función, se quedó á comer en el refectorio de San Felipe el Real.

No debió comer muy bien; pero vuelto á su convento, dijo:

—No he comido jamás tan á gusto, pues el techo del refectorio, lleno de artesonados y molduras, estaba precioso.

Acertóle á oír el maestro de novicios, y muy cólerico le dijo:

—Venga acá: ¿cómo tuvo atrevimiento de levantar la vista?

—Padre, respondió el novicio acongojado, yo no levanté la vista.

—¿Pues en dónde vió el techo?

—En el caldo de mi taza, porque estaba tan claro como el agua de la fuente.

Arte culinario.

Preguntó un caminante á un ventero de Sierra Morena:

—¿Tiene usted algo que comer?

—No hay otra cosa que huevos.

Y replicó el caminante:

—Habrà alguna carne estofada como la que nos dió usted hoy hace ocho días, cuando pasé por aquí, que en verdad no he comido cosa que mejor me supiere.

Un muchacho, hijo del ventero, que lo oyó acaso, dijo:

—Caro costaría si cada semana se nos hubiese de morir un rocín.

El erudito.

Decía un estudiante de primer año del bachillerato á otro que ya cursaba el quinto año:

—Oye, tú, ¿en que consistirá que está en el invierno el aire tan frío?

—¡Bah! es cosa muy sencilla—replicaba el otro—mira, como en el invierno cierra todo el mundo sus puertas y ventanas, el pobrecillo tiene que dormir en la calle. Ya ves tú, ¿cómo ha de estar caliente?

¡Pobre cabrito!

Ciertas señoras que se iban á divertirse al campo

encontraron en el camino á un chico pastor, que llevaba un cabrito.

Una de ellas miró al animal, le tocó y dijo:

—Mira, Paca, mira, ¡qué bonito! ¡aún no tiene cuernos!

—Señorita, es soltero todavía—replicó el chico.

—¡Pobrecillo!—dijeron las señoritas.

B. R. P.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Obras remitidas á esta Redacción por sus autores ó editores.

MEMORIA que la Junta Directiva de la Sociedad *Unión Ibero-americana* presentó á la general el día 27 del pasado Enero.

Enviamos al Sr. D. Acacio Charrín, Secretario de la Sociedad, la más expresivas gracias por los ejemplares que nos ha remitido.

CURSO COMPLETO de taquigrafía abreviada, por D. Enrique Mhartín y Guix, obra utilísima y que de todas veras recomendamos á cuantos se dedican al arte taquigráfico.

Se vende en las principales librerías, al precio de 2,50 pesetas.

CHARADA

En segunda de primera
van muchos todos por la acera.

SOLUCIÓN A LA CHARADA DEL NUMERO ANTERIOR

JA—RA—NA.

Academia de billar de la Rambla. *Café Americano*. Barcelona.—Todos los días, de tres á siete de la tarde y de nueve de la noche en adelante, sesión de billar por los afamados profesores Cure, Crozatier, Rodríguez y otros, españoles y extranjeros. Servicio esmerado. Bebidas de primera marca.

Zarzaparrilla del doctor Simón.—El mejor depurativo de la sangre.—Caballero de Gracia, 3, Madrid. Farmacia abierta toda la noche.

L'Union.—Compañía francesa de seguros contra incendios, fundada en 1828. Capital social, reservas y primas á cobrar, noventa y cinco millones de pesetas. Sucursal española, Barcelona, paseo Colón y Merced, 20, 22 y 24, principal. Director, D. E. Gès.

Dinero sobre alhajas y efectos que convengan.—Alta tasación. Intereses moderados.—Ventura de la Vega, 11, principal.



La mujer española tiene el cutis naturalmente bonito, aunque muy sensible al aire demasiado vivo y al sol demasiado ardiente. Para impedir el bochorno, grietas, barros y hasta las manchas de pecas, empléese para la toilette la *Crema Simón*. No confundir con otras cremas.

Chocolatería Suiza.—Caballero de Gracia, 5 y 7.—Leche de cabras y vacas (verdad). Servicio económico y esmerado. Abierta toda la noche.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 años de éxito y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos empleese el PILIVORE, DUSSER, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Gran Hotel de Rusia.—Establecimiento de primer orden.—Luz eléctrica, teléfono, baños, etc. Restaurant para 400 cubiertos.—Carrera de San Jerónimo, 34.

La Urbana.—Compañía anónima de seguros contra incendios, sobre la vida y de accidentes de coches y caballos. La más antigua en España.—Representación general: Puerta del Sol, 10; Preciados, 1, Madrid.

Credit Lyonnais.—Fundado en 1863.—Capital, 200 millones de francos.—Puerta del Sol, 10.—Cuentas corrientes.—Compra y venta de monedas y billetes de Banco, giros y órdenes telegráficas de pago y cartas de crédito sobre todos los países del globo.—Cuentas de depósito.

Enfermos del estómago.—No nos cansaremos de recomendarles que si se quieren curar su afección, hagan uso del tan justamente acreditado preparado *Estómago artificial* ó polvos del Dr. Kuntz, y empezará la mejoría á la primera toma.—Arenal, 2 y en las farmacias.

Hoteles de Roma en Madrid y en Málaga.—Madrid, Caballero de Gracia, 23.—Ascensor, luz eléctrica, entrada de carruajes hasta el vestíbulo.

Málaga, Puerta del Mar, 26.—Ascensor, luz eléctrica.

Café de la Montaña.—Lo más notable de Madrid. Puerta del Sol, núm. 1, y Alcalá, núm. 2. Es el punto de cita de la colonia montañesa. Servicio de primera clase.

La Gresham.—Compañía inglesa de seguros sobre la vida y rentas vitalicias.—Dirección de la sucursal de España, calle de Alcalá, 23, Madrid.

Vapores de D. Pablo María Tintoré y Compañía, de Barcelona.—Francali, Turia, Tintoré, Terdera.—Viajes de Liverpool á Barcelona, con escalas en los puertos de la Península.—Oficinas: Pasaje del Comercio, 1 y 3, 1.º.—Barcelona.

Academia de billar, Plaza de Santa Ana, 7.—Grandes partidos todos los días, desde las tres de la tarde, por profesores franceses y españoles.

Zarzaparrilla del doctor Simón.—El mejor depurativo de la sangre.—Caballero de Gracia, 3, Madrid. Farmacia abierta toda la noche.

Imp. de los Hijos de Alvarez, Ronda de Atocha, 15.—Teléfono 809.

AGENTE GENERAL PARA LOS ANUNCIOS FRANCESES: M. F. MUS, RUE DAMREMONT, 9, PARIS

Palacio del billar.—36, Alcalá, 36.—Todos los días grandes partidos entre profesores españoles y franceses. Diez y siete mesas de billar de gran precisión.

NUEVO CAFE DEL SIGLO XIX
MAYOR, 18

Café especial exquisito, salido de la máquina Grouard, con privilegio y traída expresamente de París. Grandes conciertos con profesores del teatro Real, los jueves y domingos. Cocina de primer orden, con platos especiales.

Se admiten anuncios á precios convencionales. Dirigirse al Administrador de esta REVISTA, Claudio Coello, 22, Madrid.

40 Médicos de los Hospitales DE PARIS han comprobado LA PODEROSA EFICACIA de los PECTORALES de Nafé	Pasta y Jarabe de Nafé de DELANGRENIER PARIS 53, Rue Vivienne Venta en todas las FARMACIAS.	CONTRA: Resfriados, Gripe, Influenza, Bronquitis, Coqueluche, Irritaciones del Pecho y de la Garganta
---	---	---

LA FAVORITA

Agua higiénica para teñir el CABELLO y la BARBA, la mejor y más barata, sin nitrato de plata ni substancia nociva, según comprueba su análisis. Destinamos 1.000 pesetas al que demuestre que en nuestro preparado existe dicho metal. Evita las enfermedades del cuero cabelludo, contribuyendo á su crecimiento, no mancha la piel ni la ropa. Úsase con la mano ó esponjita. Precio del frasco, 3,50 pesetas. Por mayor en casa del autor M. Macián, Caballero de Gracia, 80 y 82, entresuelo, Madrid. De venta en las principales perfumerías y peluquerías.—Exportación á provincias.

Instituto de Vacunación del Dr. Balaguer, Preciados, 25, Madrid.—Todos los días, de dos á cinco, se vacuna directamente de la ternera á 5 pesetas. Se emplea y regala lanceta nueva para cada persona. Tubos y cristales con lanceta aséptica, á 4 y 3 pesetas, respectivamente. Se remite á provincias

ALMACÉN GENERAL DE ROPA
PARA TODOS LOS
Institutos del Ejército y Hospitales militares
DE
CORUJO GALAN Y COMPAÑIA
—s. en c.—
San Ignacio núm. 82.—HABANA.—Entre Muralla y Sol.
Correo: Apartado 580.—Dirección telegráfica: CORUJO.

NAIPES COMAS
FÁBRICA DE PAPEL Y NAIPES FINOS DE HILO Y UNA HOJA de Sucesores de S. Comas y Ricart, A. COMAS (S. en C.), Ronda de San Pedro, 4, Barcelona.—Casa fundada en 1897.—Teléfono, 1.708.—Marcas acreditadas: «El Ciervo» y «El Manoc», «El León», de J. Samsó, y «El Periquito», de C. Massó.

PATE AGNEL AMIGDALINA Y GLICERINA
Este excelente cosmético blanquea y suaviza la piel y la preserva de cortaduras, irritaciones, picazones, dándole un aterciopelado agradable. En cuanto á las manos es da solidez, y transparencia á las uñas.
En la Perfumería Central de AGNEL, 16, Avenue de l'Opera, y en las sels Perfumerías suuorsales que posee en París, así como en todas las buenas Perfumerías.

El VINO de **PEPTONA CATHILLON** restablece las fuerzas las digestiones, el apetito Es el mejor reconstituyente de las personas debilitadas por la edad, el crecimiento, las enfermedades del **ESTOMAGO** LANGUIDEZ, ANEMIA, etc. Su grandioso éxito ha dado origen á muchas imitaciones; debe, pues, exigirse la firma **Catillon**. 3, Boul. St-Martin, Paris y buenas Farmacias. MEDALLA EXPOSIT. UNIVERS. 1889

ARITMÉTICA GENERAL DE BENOT
Está terminándose el tomo segundo de esta importante obra (de los tres de que consta). Abraza el primero los sistemas de numeración, integración, substracción y multiplicación, con tal riqueza de datos, que hacen de este trabajo el más nuevo y concluido de cuantos en esta materia se han escrito.

En toda clase de vómitos, y diarreas y en toda clase de indisposiciones del tubo digestivo EN NIÑOS Y ADULTOS

Emplear los Salicilatos de Vivas Pérez
adoptados de R. O. por el Ministerio de Marina y por el de Guerra

INTERESANTE Á LAS REVISTAS ILUSTRADAS
Gran centro de venta de grabados de LA ILUSTRACIÓN NACIONAL. Los clichés, galvanos y grabados en madera de nuestra colección, que comprende más de 5.000 asuntos, se venden á los precios desde tres á diez céntimos de peseta centímetro cuadrado. La colección de muestra se halla de manifiesto en nuestras oficinas, Claudio Coello, 22, bajo.

CREMA DE LA MECA
Importante receta para blanquear el cutis, sana y benéfica; basta con muy poca cantidad para aclarar el cutis más moreno y darle la blancura suave y nacarada del marfil. Precio en París, 5 francos.
DUSSER: 1, rue de J. J. Rousseau, PARIS

Los recomiendan indiscutibles autoridades médicas Celebran con entusiasmo sus efectos cuantos los usaron
Pidanse en todas las Farmacias y Droguerías del mundo
MITAN Y FALSIFICAN SIN RESULTADO